EL ESCRÚPULO

PEQUEÑO MANUAL DE DIRECCIÓN

PARA USO DE LAS ALMAS TIMORATAS Y DE SUS CONFESORES

SEGÚN LA DOCTRINA DE

S. Francisco de Sales y S. Alfonso de Ligorio

DOCTORES DE LA IGLESIA

POR

MONSEÑOR GAUME

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR EL PRESBÍTERO

Félix M. Martínez

Profesor en el Seminario de Michoacán

LICENCIA ECLESIÁSTICA

MEJICO

LIBRERÍA RELIGIOSA

HERRERO HERMANOS, EDITORES

San José el Real, 3

1895



PRÓLOGO.

ENTRE las enfermedades del alma, una de las más dignas de compasión, más difíciles de curar y más dañosas, es el escrúpulo.

Digna de compasión. Se apodera de las mejores almas, transforma la delicadeza de conciencia en pusilanimidad y vanos temores; convierte en esclavos del Sinaí á los hijos del Calvario; lejos de hallar reposo y alegría en el servicio del buen Maestro que ha dicho: *Mi yugo es suave y mi carga ligera*, soportan la Religión como una carga, pues todos los deberes que impone son para ellos otras tantas fuentes de tormentos é inquietudes.

Difícil de curar. El carácter propio de esta dolencia es el engaño de sus víctimas. Si se consideraran verdaderamente escrupulosos, presto quedarían sanos; pero lo difícil es convencerles, porque encuentran siempre evasivas para defen-

derse. «Temo no haberme explicado bien; temo que no me hayan comprendido; temo que me falte la contrición suficiente; temo pecar en todas mis acciones.» ¡Innumerables santos y hábiles confesores han trabajado y trabajan aún sin éxito en este vital asunto!

Muy dañosa. El escrúpulo conduce al disgusto del deber; el disgusto á la relajación; la relajación á la indiferencia; la indiferencia al abandono final no sólo de las prácticas de supererogación, sino aun de las obligaciones más importantes, y acontece á menudo que todo esto termina en la incredulidad ó en la locura.

Semejante desgracia es tanto más de temer, cuanto que el escrúpulo, llegando á cierto extremo, abarca el pasado, el presente y el porvenir: el pasado, por el temor de no haber hecho jamás buenas confesiones; el presente, por el temor de pecar en cuanto se piensa, se dice y se hace; el porvenir, por el temor exagerado de perder la vida eterna.

Socorrer á estas pobres almas y recordar á sus confesores la dirección de los maestros más experimentados en los caminos del espíritu, tal es el objeto de esta obra.





EL ESCRÚPULO

CAPÍTULO PRIMERO.

NATURALEZA Y CAUSAS DEL ESCRÚPULO.

Los mundanos imaginan que el escrúpulo es una delicadeza de conciencia que consiste en el temor al pecado verdadero y en evitarlo con diligencia; por eso llaman escrupulosos á los timoratos que se abstienen de ciertas faltas que ellos cometen con toda libertad, y evitan ciertos peligros que ellos afrontan sin temor alguno.

Pero se engañan: el escrúpulo no es, como suponen, la delicadeza de conciencia que evita diligentemente el pecado; es una aprensión vana; se funda en ligeros motivos que llenan de ansiedad la mente, haciéndola temer el pecado donde no existe.

El escrúpulo es como caballo espantadizo que,

viendo la sombra de un arbol, de una piedra ó de un tronco, se aparta, retrocede, se encabrita, no obedece al freno ni al acicate, como si viese un tigre ó un león próximo á devorarlo. Y por esta vana aprensión caballo y caballero se exponen al peligro real de caer en un precipicio.

Tal es el escrupuloso: espantado por sombras imaginarias, y temiendo sin razón alguna que tal ó cual acción, de suyo lícita y honesta, sea pecado grave, se llena de turbación y de inquietud. Dominado por sus agitaciones, no obedece al confesor que le dirige, ni á las personas ilustradas que le aconsejan, ni á los amigos que le reprenden. Y así, por el temor de un pecado aparente, se expone á cometer verdaderos pecados, y aun á precipitarse en el abismo.

El escrúpulo viene de muchas causas. En algunas procede del temperamento. Las complexiones linfáticas, frías y melancólicas son terreno feraz para producir esta suerte de espinos. Los de este temperamento son naturalmente asustadizos y pusilánimes; la menor apariencia de pecado les aterroriza; sombríos y taciturnos, el miedo trueca sus vanas aprensiones en ideas fijas. Necesítase, por tanto, el poder de Dios para libertarlos.

Acontece también que su conturbada imaginación les representa que en todo hay pecado; entonces pierden por completo la paz, y su vida es angustia perpetua y largo martirio.

Estas pobres almas deberían evitar con cuidado sumo los ayunos y las austeridades extremas, la soledad prolongada, el trato con gentes poco instruídas en materia de espíritu ó excesivamente timoratas. Si obran de otro modo, perderán el juicio ó harán que el confesor lo pierda.

Los escrúpulos que provienen de esta primera causa son difíciles de corregir; como no pueden abandonar su temperamento, estas pobres almas llevan siempre consigo la fuente de sus falsas ideas, sus temores, sutilezas y extravagancias.

El segundo origen de los escrúpulos es el demonio. Este implacable enemigo del género humano busca la manera de perder á los pobres hijos de Adán, tendiéndonos un doble lazo: la presunción y la desconfianza. En los unos, ensanchando la conciencia, destruye insensiblemente el sentido moral, y arroja á manos llenas semillas de incredulidad desastrosa.

Perdida ó debilitada la fe, la conciencia carece de todo freno conveniente; el alma es un navío sin timón y sin lastre, que se estrellará de seguro en cuantos escollos le salgan al paso.

Tal es la situación de esas multitudes de literatos é iliteratos que, señaladamente en estos tiempos, no conocen otra regla de conducta que los bajos instintos de la naturaleza corrompida, y beben el pecado cual si fuese vaso de agua fresca.

Mas en las almas generosas cuya fe no ha logrado obscurecer, cuya virtud ha resistido á sus ataques, el espíritu de la mentira obra entorpeciendo la conciencia por el temor excesivo. Entrando en la imaginación, la llena de fantasmas y tinieblas, de las que forma vanas aprensiones de pecado que engendran inquietudes continuas.

Despierta, además, en el apetito sensitivo, movimientos que son fuente de temores y de angustias. En este estado de obscuridad, de confusión y trastorno de todas las potencias, la pobre alma no halla donde reclinar su cabeza.

El demonio bien sabe lo que hace: por medio de los tormentos de la conciencia procura hacer enojosa la oración, la frecuencia de sacramentos é insoportable el servicio de Dios; y el alma, llena de disgusto, desconfía de todo, abandona el buen camino, comete verdaderos pecados y á veces llega á la desesperación.

Los escrúpulos que vienen del demonio pueden conocerse por estos signos: obscurecen la mente de un modo particular; producen amarga tristeza de corazón; hacen que el alma, combatida de mil maneras, imagine que Dios la abandona y que no habrá para ella paz ni remedio de sus males.

Son, además, intermitentes dichos escrúpulos, y carecen de caracter uniforme; ora acometen con energía, ora son remisos ó casi nulos en sus ata-

ques, según que Dios alarga ó recoge la cadena al espíritu tentador.

Ese doble carácter distingue esta especie de escrúpulos de los que se originan del temperamento, pues los últimos casi son invariables, toda vez que la naturaleza obra siempre conforme á sus propios instintos.

CAPÍTULO II.

CAUSAS DEL ESCRÚPULO (CONTINUACIÓN).

LA tercera causa de los escrúpulos es el mismo Dios, y en verdad no puede ser causa positiva, en cuanto que intente los errores y las falsas ideas de los escrupulosos; mes es bien causa negativa, en cuanto que retira su luz, con la cual el alma distinguiría claramente lo que es pecado de lo que no lo es, así como el sol produce las tinieblas cuando se oculta en el horizonte.

Así es como muchos santos se han visto grandemente atormentados por interiores angustias. San Buenaventura, por ejemplo, fué tan combatido por los escrúpulos, que algunas veces dejó de celebrar por varios días. San Ignacio, por la misma causa, resolvió abstenerse de todo alimento

hasta que Dios se dignase de apaciguar las terribles tempestades de su alma. Estuvo ocho días sin comer ni beber; pero increpado por su confesor, hubo de consentir en tomar alimentos y proceder en adelante con más prudencia.

Santa Lugarda fué igualmente atormentada por crueles escrúpulos; entre otras cosas, le acontecía repetir dos y tres veces la misma hora canónica, y á pesar de todos sus esfuerzos no quedaba tranquila ni satisfecha.

Pero el Dios misericordioso y justo permite este género de pruebas en las mejores almas, por muchas razones: la primera, para purificarlas de sus defectos, porque de justicia es que con excesivos temores satisfagan por la culpable libertad que concedieron antes al corazón y á los sentidos.

La segunda, con objeto de consolidar en el espíritu el temor á los pecados verdaderos por medio del exagerado temor á los aparentes. Es indudable que quien tiembla á la sombra de pecado, más ha de temblar á la vista de una falta cierta.

La tercera, para humillar el espíritu manteniéndolo en la poca estima de sí mismo. Nada es, en efecto, más humillante para alguno, sobre todo si es de clara inteligencia, como el verse ocupado, cual si fuese niño, en cosas que nada valen, sin poder desembarazarse de ellas. Entonces se ve y se palpa la profunda miseria.

La cuarta, para adquirir la paciencia, la abne-

gación del propio juicio y otras virtudes. En este estado de perplejidad, si quiere obrar con rectitud, el alma se ve obligada á someterse sin vacilación alguna al régimen de otro, á soportar con paciencia innumerables angustias, y á violentarse para proseguir en la práctica de la virtud.

Estos son los signos para conocer si los escrúpulos provienen de una especial permisión divina, para la purificación de las almas; mas como gozan de auxilios particulares, resulta que á pesar de sus escrúpulos, aun sin darse cuenta, continúan avanzando en el camino de la perfección. Se les ve además huyendo por doquiera del pecado y del peligro de cometerlo; son más obedientes que los otros escrupulosos, y más constantes en los ejercicios de piedad.

Por último, los escrupulosos de esta especie no son perpetuos: la agitación, el vaivén del espíritu produce el mismo efecto que la tempestad en los mares: cuando se han purificado de sus manchas y se afirman en ciertas virtudes, vienen poco á poco, y á veces muy presto, calma y tranquilidad plenísima.

Concluiremos este capítulo transcribiendo los consoladores párrafos siguientes de *El Espíritu de San Francisco de Sales:*

«Decís que desde que emprendisteis vida más ajustada os sobrevino multitud de escrúpulos que os roen y devoran; y vuestras imperfecciones, que

á juicio del confesor pueden compararse á los mosquitos, os parecen elefantes de pecado á causa de vuestra infidelidad á las gracias de Dios.

»No irritéis vuestra dolencia. El escrúpulo no hace más que enconar estas llagas restañándolas. Se complace en eso, pero al fin la comezón le atormenta. Es, sin embargo, de buen augurio que aparezcan cardos y espinas en terreno nuevamente desmontado: esto es claro indicio de su fuerza, y por consiguiente, de su futura fertilidad.

»Buen augurio es que el alma, al comenzar su vida devota, sea víctima de los escrúpulos: esto indica que la gracia imprimió grande odio al pecado, pues que su sombra basta para infundir espanto.

»Es signo de curación, puesto que después de gravísima fiebre sobrevino la inflamación de los labios; la naturaleza arroja fuera el calor que turbaba la armonía del temperamento y de los humores.

»Vos lo decís: «A pesar de todo, no pierdo de »vista la estrella hermosísima de la gracia ni aún »en medio de estas tempestades: aunque todo se »agite alrededor de mí; aunque la mar y los vien»tos produzcan tormentas y desastres, sufriré con »paciencia por amor de Dios; no hay en todo ello »más que un naufragio de caridad, del que me ate»monzo por lo frágil de mi naturaleza.» Y yo os aseguro que el temor es piloto excelente que sa-

brá vencer los escollos en el esquife de vuestro corazón.

»*El consejo de los consejos es tener quien con rectitud os aconseje.*

»Vuestra alma se encuentra en poder de un director cuyos labios guardan la ciencia y la salud. Si os sujetáis á sus sabias amonestaciones, muy presto os veréis libre de esas heridas que desgarran la conciencia; si no es así, me parecerá que hacéis bien permaneciendo en esas penas interiores, puesto que si queréis escaparos, nadie os impide que os alejéis por la puerta del buen consejo.»

CAPÍTULO III.

SEÑALES Y MOTIVOS DEL ESCRÚPULO.
LA CONFESIÓN.—SU PRIMERA CUALIDAD.

HAY muchas señales para conocer á los escrupulosos; he aquí las principales:

1.° Ser propenso á temer y dudar por motivos frívolos y sin fundamento alguno racional.

2.° Ser inconstante en esas dudas y temores, y cambiar de parecer sólo por apariencias ligeras, teniendo como lícito lo que antes se creía peca-

minoso, y, al contrario, por ilícito que se lo juzgaba indiferente.

3.° Experimentar en estas dudas y temores inquietudes, angustias y turbación de ánimo. Los remordimientos que vienen de Dios, por más que hieran el espíritu, no lo arrojan nunca en la ansiedad ni en las tinieblas.

4.° Si el que interrogado sobre el objeto de sus dudas responde que no encuentra pecado, y sin embargo teme y no se aventura á obrar.

5.° Mostrarse obstinado en su propio juicio; no tranquilizarse con los avisos de los doctos, ni aun con las enseñanzas del confesor, y terminar, después de todo, siguiendo el propio juicio.

Esta última señal es característica. San Francisco de Sales solía decir que los escrúpulos tienen su raíz en cierto orgullo fino y delicado que el Santo Doctor llamaba también *elixir del orgullo*, porque es tan sutil y desleído que engaña aun á sus víctimas.

Según el Bienaventurado Francisco, ved lo que acontece en los escrupulosos: «El que se encuentra atormentado por este roedor (que tanto trabajo cuesta exterminar de un alma) no se resuelve á descansar en el juicio de los prudentes; quiere, por el contrario, que su juicio predomine sobre el de los más hábiles. Mas si quisiera someterse y renunciar á su propio consejo, al punto quedaría curado.

»Si el texto de los divinos oráculos nos enseña que la desobediencia es un crimen semejante á la idolatría y al sortilegio, ¿qué decir de los escrupulosos que son idólatras de sus propios sentimientos, y de tal suerte adheridos á sus opiniones que se afirman en los malos propósitos á pesar de todas las amonestaciones y consejos?

»Cuando se les dice que sus temores son vanos lo toman á burla; creen que no se les entiende ó que no se explican bastante; y de todas maneras nunca quedan satisfechos.»

La confesión y la comunión son para los escrupulosos el principal objeto de sus penas é inquietudes. Y nada más propio para tranquilizarlos que las sólidas y consoladoras doctrinas de los maestros de espíritu. Almas escrupulosas y timoratas, recibid confiadamènte estos consejos y vuestra curación será el premio de vuestra fidelidad.

En cuanto á la confesión, San Alfonso empieza por recordar el dogma católico y las condiciones necesarias para recibir dignamente el Sacramento de la Penitencia. El perdón de los pecados, el aumento de gracia para no volverlos á cometer, la paz del alma y la energía para la virtud, tales son los preciosos efectos de la confesión. Para que se produzcan debe tener tres cualidades: *integridad*, *contrición* y *sinceridad*.

La integridad consiste en que la acusación sea de todos los pecados mortales no confesados ó

mal confesados. Por lo mismo, la integridad supone el examen de conciencia. «El que tiene la costumbre de frecuentar los Sacramentos, continúa San Alfonso, no debe atormentar su memoria para descubrir el número de los pecados veniales. Más bien desearía yo que se examinara el origen de las aficiones terrestres y del tedio para las cosas de Dios. Al expresarme así, me refiero á los que van al confesonario con la cabeza llena de lo que han visto ú oído, y cantan siempre idéntica canción, acusando los mismos defectos, sin dolor y sin firme propósito de corregirse.

»Por lo demás, para los timoratos que se confiesan á menudo y evitan los pecados veniales de propósito deliberado, el examen no exige mucho tiempo. Si se tratase de pecados graves, tampoco es necesario atormentar la memoria, porque esas faltas por sí mismas se presentarán á sus ojos. Pueden haber cometido pecados veniales plenamente deliberados; pero los remordimientos no permitirán que se olviden.

»Además, no hay obligación de confesar todos los pecados veniales; y, por lo tanto, no se necesita hacer investigación exacta de su número y circunstancias. Y cuando no hay actualmente una materia cierta para la absolución, se debe de acusar cualquiera pecado de la vida pasada que más excite á la contrición. Puede decirse, por ejemplo: Me acuso en particular de todas las faltas de mi

vida pasada contra la caridad, la pureza y la obediencia.»

Acusarse, pues, de alguna de esas faltas sobre las que hay seguridad de arrepentirse, sin entrar en detalle alguno, basta para asegurar la validez de la absolución, que de otra manera sería nula por falta de contrición.

¡Qué consoladoras son á este respecto las siguientes palabras de San Francisco! «No os inquietéis de ninguna manera, dice, si no recordáis todas vuestras faltas pequeñas, porque *así como caéis á menudo sin apercibiros de ello, así también os levantáis frecuentemente sin percibirlo.*»

Las almas devotas, en efecto, obtienen el perdón de estas faltas ligeras por medio de sus actos de amor y otras buenas obras que tienen costumbre de practicar.

CAPÍTULO IV.

SEGUNDA CUALIDAD DE LA CONFESIÓN.

La contrición acompañada del propósito. Esta condición es esencial para obtener el perdón de los pecados. Las confesiones mejores no son las más largas, sino las más dolorosas. La prueba de una buena confesión,

dice San Gregorio, no consiste en el gran número de palabras del penitente, sino en el arrepentimiento que manifiesta. Mas todos aquellos que se confiesan á menudo y tienen horror aun á los pecados veniales, deben desechar toda duda sobre la contrición verdadera.

Sucede que se atormentan demasiado porque no la sienten. Quisieran acercarse siempre al confesonario con las lágrimas en los ojos y mil ternuras en el corazón; pero, á pesar de todos sus esfuerzos, no lo consiguen á veces y viven inquietos sobre sus confesiones.

Pero deberían estar plenamente persuadidos de que la contrición no existe en el sentimiento, sino en la voluntad. En ésta reside todo el mérito de las virtudes. Por esto Gerson escribe hablando de la fe: «Algunas veces el que desea creer adquiere más mérito que muchos que poseen el don de la Fe.»

Antes que este escritor de espíritu, Santo Tomás, hablando expresamente de la contrición, aseguraba que «el dolor esencial y necesario para la confesión es el pesar del pecado cometido. Este dolor no está en la parte sensitiva, sino en la voluntad. El dolor sensible es un efecto del dolor de la voluntad, y no siempre puede obtenerse, porque la parte inferior del alma no sigue siempre con docilidad á la parte superior. Por tanto, la confesión será buena siempre que en la volun-

tad haya soberano arrepentimiento del pecado.»

Absteneos, pues, de los esfuerzos para obtener contrición sensible. Cuando se trata de actos interiores, debéis saber que son más aceptables los que se ejecutan con menos violencia y mayor suavidad. Porque el Espíritu Santo dispone todo con dulce suavidad. *Disponit omnia suaviter* (Sap. VIII, I.) Por eso el santo penitente Ezequiel decía hablando de sus faltas: *Experimento gran dolor, pero estoy en paz.*

Cuando queráis prepararos á la confesión, comenzad por pedir á Dios Nuestro Señor y á la Santísima Virgen un verdadero dolor de vuestros pecados; hacer brevemente el examen, y para la contrición os bastará decir: «Dios mío, os amo sobre todas las cosas; espero, en virtud de la preciosa sangre de Jesucristo, vuestro hijo unigénito, el perdón de mis pecados; me arrepiento de todo corazón; no quisiera haberlos cometido, los detesto más que todas las cosas, sólo porque son ofensa vuestra. Uno mi dolor al de Jesucristo en el huerto de las olivas. Mediante vuestra gracia estoy resuelto á no ofenderos jamás.»

Siempre que *hubierais querido* tener voluntad verdadera (entendedlo bien, basta el deseo), al decir esas palabras podéis acercaros tranquilamente á recibir la absolución sin temores ni escrúpulos. Para quitar toda angustia respecto de la contrición, Santa Teresa de Jesús nos da otra señal

igualmente cierta: «Examinad, dice, si tenéis sincera resolución de no cometer las faltas que confesáis; si así fuere, ninguna duda debéis abrigar respecto de la contrición.»

Para que la confesión sea buena, el propósito debe ser *firme*, *universal* y *eficaz*.

1.° Debe ser firme. Algunos se dicen: no quisiera volver al pecado; no quisiera ofender á Dios. ¡Ah! Pero estos *quisiera* indican que el propósito no es firme. Para darle esta cualidad, se necesita decir con una voluntad resuelta: *no quiero* cometer este ó estos pecados; *no quiero* ofender á Dios con deliberado propósito.

2.° Debe ser universal, es decir, que el penitente deberá estar resuelto á evitar todos los pecados sin excepción alguna. Esto se refiere á los mortales. En cuanto á los veniales, para la validez del Sacramento, y tratándose de personas que no tienen falta grave que declarar, basta que se arrepientan de una sola especie de pecados y los confiesen con la voluntad de no recaer en ellos.

Los más adelantados en las vías del Señor deberían proponerse evitar todos los veniales deliberados. En cuanto á los indeliberados, como es imposible evitarlos todos, basta la voluntad de huir de ellos siempre que se pueda.

3.° El propósito ha de ser eficaz, es decir, que debe abrazar la resolución firme de poner los medios para no volver á los pecados, y sobre todo

de huir de las ocasiones próximas. Se llaman así las que ordinariamente dan origen á pecados graves, y también aquellas en las cuales, sin justa razón, se ha dado suficiente motivo para los pecados de otros.

En este caso no basta proponerse evitar el pecado; se necesita también tener la voluntad de huir de la ocasión: de otra manera todas las absoluciones que se reciban serán inválidas.

La razón de esto es que el no querer desechar las ocasiones próximas de pecados graves, es de suyo una falta mortal. De donde resulta que recibir la absolución sin la voluntad de evitar este género de ocasiones próximas, es un nuevo pecado grave y un sacrilegio.

CAPÍTULO V.

LA SINCERIDAD, TERCERA CUALIDAD DE LA CONFESIÓN. — RESPUESTA Á LAS DIFICULTADES.

Las ocasiones próximas de pecado son raras entre los virtuosos. Para ellos la tentación más funesta y más frecuente es de ocultar pecados en la confesión. Sucede que estas pobres almas caen desgraciadamente en un pecado grave, y al punto el demonio acrecienta

en ellos la vergüenza natural y la angustia para declararlo.

¡Ay! gran número de estas buenas almas, por esta maldita vergüenza, sufren y sufrirán eternamente los horrores del infierno, porque dominadas por el respeto humano, continuaron durante meses y años haciendo confesiones y comuniones sacrílegas.

Se lee en las crónicas de los Carmelitas que una joven de vida ejemplar tuvo la desgracia de cometer un pecado deshonesto. Tres veces lo ocultó en la confesión y las tres tuvo la osadía de acercarse á la Sagrada Mesa; pero inmediatamente después del último sacrilegio, le sobrevino de súbito la muerte. Por la fama de su santidad se la enterró honoríficamente en un templo. Cerrado apenas éste, al terminar los funerales, el confesor de esa desagraciada fué conducido por los ángeles cerca de la tumba; ésta se abrió, la difunta se incorporó, y herida en el cuello por los ángeles, arrojó en un cáliz preparado al efecto las tres hostias recibidas sacrílegamente y conservadas por milagro. En seguida los ángeles la despojaron de sus hábitos, y al punto la infeliz, tomando horribilísimo aspecto, desapareció arrebatada por dos demonios.

¿Cómo, pues, una alma que ha tenido la osadía de ofender gravemente á Dios, y que á causa de esto merece el infierno, podría encontrar excusa

ante el supremo Juez, si calló los pecados por la corta y despreciable confusión que había de experimentar acusándose una sola vez y á un solo sacerdote?

Si quiere ser perdonada y evitar las penas eternas, la confusión misma la prepara á ello. ¿No es por ventura justo que los que han menospreciado á Dios se confundan y sepan humillarse?

Tal fué la respuesta de la pecadora Adelaida al demonio. En el momento de convertirse resolvió hacer una buena confesión. Cuando se acercaba al sacerdote, el demonio le puso ante los ojos la vergüenza que experimentaría al confesar los pecados, y le dijo: «¿Adónde vas, Adelaida?» Y ella respondió con energía: «Á confundirme y á confundirte.» Á la vergüenza agrega el demonio mil embustes y temores vanos. Procuraremos destruir algunos.

—*Si acuso este pecado, me reprenderá el confesor.*—¿Y por qué os ha de reprender? Decidme, si fueseis confesor, ¿reprenderíais á la pobre alma que os descubriese sus miserias con la esperanza de que la levantaseis en su caída? ¿Cómo, pues, pensáis que el confesor, obligado por su ministerio á la más grande caridad con el penitente, os habría de reprender, os habría de atormentar con palabras rudas al decirle vuestro pecado?

—*Pero al menos el confesor se escandalizará y*

perderé para siempre su estimación.—¡Mentira! Vuestro confesor no será escandalizado, sino edificado, viendo vuestras disposiciones, á pesar de la vergüenza que experimentáis. ¿Y creéis que el confesor no habrá oído tantos pecados como los vuestros y quizá más vergonzosos?

No es verdad que perderéis su estimación; al contrario, os estimará mucho más, y os ayudará con mayor celo viendo la confianza con que descubrís ante sus ojos vuestra miseria y admirando las maravillas que la gracia opera en vuestro corazón.

—*Quiero confesarme, pero cuando se presente un sacerdote desconocido.*—¡Ay! ¿Qué decís?..... ¡Y entretanto queréis vivir en enemistad con Dios, en peligro de perderos para siempre y cercado por los remordimientos, que os destrozan el alma y no os dejan reposar de día ni de noche? Y todo por no decir estas dos palabras al confesor: «Padre mío, tuve la desgracia de caer en falta grave, pero no quiero desesperarme con ello.»

Decís: «Me confesaré con un sacerdote desconocido», y quizá, ¡qué horror! entretanto os acercáis á la Santa Mesa para ocultar el estado de vuestra alma. ¿Queréis, pues, agregar el sacrilegio á los pecados cometidos? ¿Y sabéis que tan horrible crimen es un sacrilegio?..... ¡Así el remedio que vuestro Salvador os había preparado con

su sangre preciosísima se convertirá para vos en veneno que produce la muerte eterna!

—*Pero yo me confesaré más tarde.....*—Y si sois castigado con muerte súbita, hoy tan frecuente, ¿qué será de vos por toda la eternidad?

CAPÍTULO VI.

RESPUESTA Á LAS DIFICULTADES (CONTINUACIÓN).

PERO *no tengo confianza en mi confesor.*—En tal caso debéis ir con otro. Los confesores fueron constituídos para las almas y no las almas para los sacerdotes. El escrúpulo de los escrupulosos es no atreverse á cambiar de confesor. Y todo el que quiera que hagáis escrúpulo de eso, merecerá que le abandonéis como escrupuloso. La virtud, como la verdad, se encuentra siempre entre dos extremos perjudiciales: cambiar de confesor por cualquier pretexto, ó no atreverse á cambiar nunca; dejar la confesión más bien que confesarse con otro sacerdote, son dos extremos reprensibles. Lo primero indica ligereza; lo segundo pusilanimidad. Y si me preguntáis cuál es lo más censurable é incómodo, os diré que lo segundo, en cuanto que me parece tener mucho de bajeza de alma, de temor humano, de

apego á la criatura y de espíritu de esclavitud tan contrario al de Dios, que está sólo donde se encuentra la santa libertad.

«Los que dan el consejo de no cambiar nunca de confesor son quizá los que menos lo practican; y el confesor que lleva á mal que se le deje por otros, no sólo debe ser abandonado, se debe huir de él como de un verdadero escollo contra la santa libertad de espíritu, de la cual debemos gloriarnos como uno de los más ricos dones de Jesucristo.»

Mas suponiendo que no pudieseis dirigiros á otro confesor, decidme: si tuvierais una llaga que pudiese causar la muerte si no fuera atendida con cuidado, ¿no llamaríais al punto al único médico que se pudiera encontrar, aunque fuese grande la confusión que habríais de sentir? Y para curar vuestra alma herida de muerte y para preservaros del infierno, ¿no os atreveréis á descubriros ante vuestro padre espiritual?

Por el amor de Jesucristo, tened valor y triunfad generosamente de esa vergüenza que el demonio os hace ver mayor de lo que en sí es. Apenas habréis comenzado vuestra confesión y se disiparán esos temores. Sabed que si obráis así, al volver del confesonario os sentiréis más feliz que si poseyeseis todos los bienes de la tierra. Encomendaos con filial ternura á la Santísima Virgen María; ella os ayudará á vencer toda repugnancia.

Si no tenéis valor de confesar vuestro pecado al principio, haced lo que voy aconsejaros. Decid al confesor: «Padre mío, ayudadme, porque tengo un pecado que no me atrevo á confesar.» El sacerdote encontrará pronto algún recurso para sacar de su guarida la bestia feroz que os devora; y esto sin gran pena de vuestra parte, porque os bastará responder sencillamente sí ó no.

Ved aquí otro medio: si no queréis decir de palabra vuestro pecado, escribidlo y entregadlo al confesor, diciendo: «Me acuso del pecado que habéis leído.» Y así no tendréis ya sobre vos el infierno eterno ni el infierno temporal; recobraréis la gracia de Dios, y con ella la paz del espíritu.

Sabed que cuanto más grande sea la violencia que os hagáis para venceros, mayor será la ternura con la cual Dios ha de estrecharos contra su corazón. El Padre Segneri cuenta que una religiosa hizo tantos esfuerzos para confesar ciertos pecados de la infancia, que se desmayó al acusarlos; mas en recompensa le dió Dios Nuestro Señor tanta compunción y caridad, que desde ese momento se dió del todo á la perfección, hizo grandes penitencias y murió en olor de santidad.

No quiero, sin embargo, que lo dicho sirva para inquietaros; porque me he referido sólo á los que tienen sobre la conciencia el peso de algunos pecados graves y *ciertos* que por la vergüenza no quieren confesar.

Pero en cuanto á las dudas que os pueden sobrevenir sobre pecados de otros tiempos ó sobre confesiones mal hechas, si queréis, bien pudierais manifestarlas al confesor para mayor tranquilidad; aunque á los escrupulosos no puede aconsejárseles que se confiesen de sus dudas, como lo veremos adelante.

Debéis conocer además ciertas doctrinas aprobadas por los teólogos que pueden libertaros de angustias, trayéndoos la paz.

CAPÍTULO VII.

DOCTRINAS CONSOLADORAS.

RECORDEMOS, en primer lugar, la opinión sólida y muy probable de los Doctores que aseguran que no hay obligación de confesar los pecados graves dudosos, cuando se duda de la plena advertencia ó del consentimiento perfecto y deliberado. Sólo dicen que en artículo de muerte hay obligación de hacer un acto de contrición, en caso de que el pecado dudoso haya sido verdaderamente grave, ó recibir el sacramento de la penitencia, sin tener, sin embargo, la obligación de confesar el pecado dudoso.

Basta dar materia cierta para la absolución, y para ello es suficiente acusar los pecados veniales.

Además, muy graves teólogos dicen, con harta razón, que los que por mucho tiempo han tenido una vida verdaderamente cristiana, si dudan haber cometido una falta grave, pueden estar seguros de no haber perdido la gracia de Dios.

En efecto, es moralmente imposible que una voluntad confirmada, por decirlo así, en sus büenas resoluciones, cambie de súbito y consienta en un pecado mortal sin conocerlo claramente. El pecado mortal es un monstruo tan horrible que no podría entrar inadvertido en una alma que por mucho tiempo le ha cerrado la puerta.

En segundo lugar, cuando el pecado mortal se ha cometido ciertamente y se duda de haberlo confesado, ¿qué hacer? Si la duda es negativa, como dicen los Doctores, es decir, si no hay razón para creer que el pecado no se declaró, hay obligacion de hacerlo; pero cuando existe una razón ó presunción fundadas de que se acusó alguna vez, según en sentir común, no hay obligación de confesarlo.

De aquí concluyen casi todos los Doctores que los que han hecho sus confesiones generales y particulares con la diligencia conveniente, si dudan de haber olvidado algún pecado ó alguna circunstancia, no están en obligación de confesarse, porque prudentemente se cree que se confesaron como es debido.

Dar á conocer ciertas acciones naturales que ven á nuestra persona nos inspira confusión; mas de ello no hay obligación alguna. ¿Se trata, por ejemplo, de algunas inmodestias cometidas en la infancia, pero sin tener conocimiento de su malicia? No es necesario declararlas al confesor.

Pensar que se hicieron en secreto no es prueba cierta de su malicia. Los niños ejecutan en secreto ciertos actos naturales que no son pecados. Así, pues, de todas estas cosas no nos obliga confesarnos en particular, sino sólo cuando recordamos haberlas cometido con la conciencia de la gravedad de la falta, ó al menos con la duda de que fuesen pecado grave.

Basta decir interiormente: «Señor, si yo estuviera cierto de la obligación de confesar estas faltas, lo haría al punto, por más que me repugnase »

Lo dicho servirá para tranquilizar algunas almas buenas que se sienten atormentadas por el temor de no haber explicado bien todas sus dudas; pero es conveniente y laudable manifestarlas al director para humillarse y obtener la paz.

De esto último se exceptúan los escrupulosos, porque no deben hablar de ello, como se explicará más adelante.

Por lo demás, aconsejamos á los penitentes que expongan al confesor sus pasiones, sus aficiones y las causas de sus tentaciones, para cortar con

acierto las raíces dañosas. De otra manera no cesará la tentación ni la inquietud, con gran peligro de pecar, porque se conserva la causa pudiendo destruirla.

CAPÍTULO VIII.

DOTCRINAS CONSOLADORAS (CONTINUACIÓN).

Es útil *á muchos* descubrir al padre espiritual las dudas que inquietan y las tentaciones que más humillan, tales, verbi gracia, como los pensamientos contra la castidad, aunque se hubiesen desechado.

San Felipe Neri decía: *La tentación descubierta está á medio vencer*. El demonio es un espíritu de tinieblas, y cuando se le descubre emprende la fuga. He dicho *á muchos*, porque hay almas probadas en la virtud que son demasiado tímidas en este punto. A ellas será útil alguna vez prohibirles que se acusen sobre esta materia cuando no tengan certidumbre de haber pecado.

La razón es, como lo diremos en otra parte, que reflexionando sobre si han consentido ó no, y sobre la manera de explicar las tentaciones, la imaginación se excita más y más con los objetos vergonzosos presentados al espíritu, y de aquí

que aumenten las inquietudes y con ellas el temor de haber consentido.

Obedeced á vuestro confesor y haced lo que os diga. Lo que os recomiendo sobre todo es la sinceridad con él y la fidelidad en descubrirle todos los secretos de vuestra conciencia, declarando las cosas tales como son. Por ejemplo, si se cometió una acción mala, no bastará decir que hubo malos pensamientos.

Obedeced á vuestro confesor, y estad cierto de que no os perderéis obrando de ese modo. Así lo hicieron los santos. Muy á menudo, como se lee en sus historias, han vivido en perplejidades y temores de ofender á Dios.

Santa Catalina de Bolonia era muy molestada de escrúpulos, pero obedecía ciegamente á su confesor. Á veces temía acercarse á la Santa Mesa; pero á una simple seña de su padre espiritual se levantaba violentamente, y á pesar de todos los temores, recibía la Sagrada Comunión. Su obediencia fué recompensada; un día se le apareció Jesucristo, diciéndole: *Regocíjate, hija mía, porque obedeciendo como lo haces me procuras un gran gozo.*

Otra vez se apareció Nuestro Señor á la Bienaventurada Estefanía Sonziano, dominica, y le dijo: *Puesto que dejaste tu voluntad en manos del confesor que me representa, pídeme la gracia que quieras y te la concederé.* Ella respondió: *Nada quiero, Jesús mío, sino sólo á vos.*

San Antonio, arzobispo de Florencia, refiere que un sacerdote discípulo de San Bernardo había llegado á tal extremo por los escrúpulos, que no se atrevía á celebrar. Se dirigió á su maestro para consultarle, y San Bernardo, por toda respuesta, sin dar explicación alguna, le dijo: *Vé á decir la santa misa; soy responsable de todo.* El religioso obedeció y fué curado.

No me digáis: *Si tuviera á San Bernardo, también obedecería ciegamente; pero mi confesor no es San Bernardo.*—Pero es para vos más que San Bernardo, porque en aquella circunstancia ocupa el lugar de Dios.

Escuchad lo que os dice Gersón: «Hablando así, os engañáis. No se os puso en manos de algún hombre porque fuese santo ó sabio, sino porque Dios lo puso para conduciros.»

Por tanto, obedeced á vuestro padre espiritual no como á un hombre, sino como á Dios, y no podréis extraviaros.

Al principio de su conversión, San Ignacio se vió de tal suerte rodeado de tinieblas y acometido por los escrúpulos, que no encontraba reposo. Mas como tenía fe en aquellas palabras del Salvador, *el que á vosotros escucha á mí me escucha*, dijo con grande confianza: «Señor, mostradme el camino que debo seguir; soy ciego, mas cuando me déis un cachorrillo que me conduzca, os prometo dejarme conducir por doquiera.» El Santo

fué fidelísimo en obedecer á sus confesores, y mereció por ello, no solamente la santa libertad de espíritu, sino también la maestría para guiar escrupulosos.

Si el día del Juicio Nuestro Señor os pidiese cuenta de lo que por obediencia hubierais hecho, podríais responderle: «Señor, lo he hecho para obedecer á vuestro ministro, como lo habéis dispuesto.» Diciendo así, no habría temor de ser condenado. «Si por acaso el confesor se engañase, escribe el P. Alvarez, el penitente estaría seguro y no se engañaría obedeciendo.»

¿Ó pensáis que para estar tranquilo hay obligación de examinar si el confesor es suficientemente sabio? Basta que tenga la aprobación de su Obispo para que ocupe el lugar de Dios y para que no podáis perderos obedeciéndole en todo.

Pero diréis: *No soy escrupuloso; mis inquietudes no son vanos temores, están bien fundadas.* Yo respondería: No hay un verdadero loco que se tenga por tal. Su locura consiste precisamente en ser loco sin conocerlo. Lo mismo puede decirse de los escrupulosos.

Según el juicio de vuestro confesor, sois escrupuloso porque no conocéis lo vano de vuestros temores; si lo conocieseis, despreciaríais esas inquietudes y no seríais escrupuloso. Tened, pues, calma, obedeciendo al padre espiritual que conoce bien vuestra conciencia.

CAPÍTULO IX.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

REPLICARÉIS: *No es culpa del confesor, sino mia; no sé explicarme, y él no conoce el triste estado de mi alma.*

Pero vos, que hacéis escrúpulo de todo, ¿no teméis considerar á vuestro confesor como ignorante ó sacrílego?..... Me explicaré: cuando confesáis vuestras dudas, y en materia grave como decís, el confesor está obligado á haceros las preguntas necesarias para formarse juicio. Por tanto, si careciendo de justa razón y sin comprenderos, como lo pensáis, os ha ordenado despreciar los escrúpulos, ha debido hacerlo por ignorancia ó por malicia. Y resulta que desconfiando de sus consejos, por temor de que no os haya entendido, lo acusáis, como dije, de ignorante ó sacrílego. ¿Estáis conforme en ello?

Á todos los escrupulosos que se atreven á juzgar del dictamen de su confesor sería conveniente darles la respuesta de Monseñor Sperelli, obispo de Gubbio. Una religiosa combatida por los escrúpulos se atrevió á denunciar á su director

como hereje, porque le había dicho que sus pecados no lo eran. «Decidme, contestó el Obispo: ¿en qué universidad habéis estudiado la Teología para saber más que vuestro confesor? Ocupaos en hacer calceta, y no deis cabida á ideas impertinentes.»

Debéis, por lo tanto, obedecer sin pensar en otra cosa, creyendo que os ha comprendido bien el confesor. No debéis abrigar dudas sobre sus consejos, sino obedecer ciegamente y sin réplica, no investigando el por qué y entregándoos enteramente á su dirección. Porque si queréis examinar las razones de lo que os dice, os confundiréis más y más, y las inquietudes volverán con tormentos mayores.

Lo repito: obedeced ciegamente; los escrúpulos son una especie de pez, y más se adhieren cuanto más se les maneja; por eso habréis notado que si las reflexiones se prolongan, las tinieblas se aumentan. Tened siempre ante los ojos esta bella máxima de San Francisco de Sales: «Basta que tu padre espiritual apruebe el camino que llevas, para que no necesites investigar las razones.» Y esta otra: *Nadie se ha perdido por obedecer.* En una palabra, no olvidéis jamás que todos los que obedecen al sacerdote obedecen á Dios.

Sí, sí, me diréis; *pero si me condeno por obedecer, ¿quién me sacará del infierno?* Lo que decís no tiene razón de ser, porque la obediencia, que

es el camino del paraíso, no puede conducir al infierno.

Pero descendamos á la práctica. Ordinariamente dos cosas atormentan á los escrupulosos: por lo que hace á lo pasado, dudan de todas sus confesiones; en cuanto á lo presente, es grande su temor de pecar en todo.

Quisieran á todo trance repetir las confesiones generales, esperando calmar así sus inquietudes. Mas ¿qué logran? Sólo caminar de mal en peor: sus confesiones únicamente sirven para despertar nuevas aprensiones y nuevos escrúpulos de haber olvidado algunas culpas ó de no haberlas explicado bien. De donde resulta que multiplicar las confesiones es aumentar los tormentos. Por lo cual decía San Felipe Neri, el gran confesor de Roma: «Mientras más se barre una habitación, más polvo se levanta.»

La confesión general es sin disputa utilísima para los que no la han hecho, para humillarse en vista de los pecados de toda la vida que se presentan en conjunto, para inspirar más grande dolor de las ingratitudes con las que se han pagado los beneficios de Dios y formar resoluciones más generosas y eficaces, y finalmente, para dar á conocer con exactitud al confesor el estado de la conciencia, declarándole las virtudes que faltan, las pasiones y vicios á que se tiene más inclinación, para que el sacerdote aplique oportunamente

los remedios y dé las instrucciones más convenientes.

Pero cuando ya se ha hecho bien una confesión general, es inútil repetir. Si más tarde sobrevienen dudas, ordinariamente hablando, y sobre todo, si no se recuerda haber ocultado nunca algo en las confesiones, no hay obligación de acusarse de nada, á no ser que se tuviere *certidumbre* de que tal ó cual cosa fué grave y que *ciertamente* no fué declarada en la confesión.

Pero si mi pecado—replicaréis—*fué verdaderamente grave y no lo he declarado, ¿me salvaré?*—Os salvaréis. Todos los Doctores, con Santo Tomás, enseñan que si después de prudente investigación se olvida acusar algún pecado mortal, queda, sin embargo, absuelto indirectamente. En verdad, si el penitente recuerda bien ó duda con fundamento no haberlo confesado alguna vez, tiene obligación de declararlo; pero no existe de ninguna manera la obligación, si puede juzgar prudentemente que lo acusó en las confesiones pasadas.

Esto se refiere á toda clase de penitentes. Pero los escrupulosos, según los Doctores, no están obligados á confesarse sino sólo de aquello acerca de lo que pudieran juzgar que fué ciertamente una falta grave y que jamás la han declarado en alguna confesión. La razón de esto es que, para una conciencia escrupulosa, recordar la vida pasada puede ser motivo de ruina y desesperación.

Cuando el penitente se encuentra turbado é incierto sobre si podría ó no asegurar con juramento esas cosas, el confesor puede librarlo enteramente de la obligación de confesar las faltas de la vida pasada, porque en presencia de tan gran daño cesa la obligación de hacer la confesión entera, puesto que otros inconvenientes, menos graves, dispensan de la integridad material, como enseñan comúnmente los teólogos.

Los escrupulosos deben comprender que las confesiones generales, útiles para otros, les serán dañosas y perjudiciales. Por eso los buenos directores jamás les permiten hablar de cosas pasadas, porque su remedio no está en explicarse, sino en callar y obedecer. No conviene, pues, escucharles en ese punto, y si una vez se les permite, se inquietarán mucho después cuando se les niegue esa licencia.

CAPÍTULO X.

OTRA VEZ LA CONFESIÓN.

En el capítulo precedente nos hemos referido á las confesiones generales. En cuanto á las particulares y ordinarias, y tratándose de los que tienden á la perfección y comulgan con frecuencia, debe adver-

tírseles que no es preciso que se confiesen todas las veces que comulgan. Basta que reciban la absolución una ó dos veces por semana, y aunque cayesen en pecado venial con deliberado propósito, dice San Francisco de Sales, no es necesario abstenerse de la Comunión si no hay facilidad de confesarse, atendiendo á que, según el Concilio de Trento, hay fuera de la confesión otros medios para borrar las faltas ligeras, por ejemplo, los actos de contrición ó amor de Dios.

Cierto día Santa Matilde, no teniendo oportunidad de confesar algunas negligencias, hizo un acto de contrición y recibió la Sagrada Eucaristía, mereciendo que Jesucristo le hablase aprobando su conducta.

Un sabio confesor decía que, á veces, cuando por desgracia se haya cometido algún pecado venial, la Comunión será más fructuosa sin absolución que con ella, porque se multiplicarán los actos de contrición y humildad, siendo así más aceptables las disposiciones.

Pero entiéndase bien que se trata de los que se imaginan pecar en todo lo que hacen y temen consentir en todas las tentaciones que se les presentan. Estos deben saber además:

Primeramente, que una cosa es sentir y otra consentir. Todos los movimientos de los sentidos, que naturalmente se producen, nunca son pecados mientras la voluntad no los acepte. Y nadie puede

inquietarse por haber dado lugar á ellos cuando de la acción que los produce resulta algún bien espiritual ó temporal.

Lo segundo, se ha de advertir que, para que se cometa pecado mortal, se necesita no sólo la plena advertencia del entendimiento, sino también el pleno consentimiento de la voluntad: si falta el uno ó el otro, no habrá pecado grave. En caso de duda, como hemos dicho, los timoratos, y sobre todo, los escrupulosos, deben estar *ciertos* de no haber pecado gravemente cuando no lo puedan afirmar.

Ciertas almas demasiado tímidas, que siempre dudan haber consentido malos pensamientos, harían mejor en no acusarse de ninguna tentación en particular, por ejemplo, de odio, de incredulidad, de impureza. La razón es que, como arriba dijimos, al examinar si dieron ó no consentimiento, ó al estudiar manera de acusarse, avivan más la imagen de esos objetos y se inquietan más por el temor de haberles dado nuevo consentimiento.

Á las almas de ese carácter es preciso no permitirles que se acusen de semejantes pensamientos, á no ser de un modo general, diciendo, verbi gracia: «Me acuso de las negligencias en desechar los malos pensamientos.»

Los escrupulosos gozan de dos privilegios que les concede el común de los Doctores. El primero, que no pecan jamás obrando con temor de escrú-

pulo, cuando obran por obediencia. Y no es necesario que en cada ocasión piensen que hacen bien obrando por obediencia. Para librarse de todo pecado, les basta un juicio virtual, es decir, formado desde antes.

Esto no es obrar con duda práctica, sino sólo con temor de pecar. Enseña Gersón que cuando la duda es práctica y nace de una conciencia formada, no es permitido obrar, es decir, cuando bien considerado todo y subsistiendo la duda, se juzga que no se puede obrar sin pecado. Pero cuando el espíritu está perplejo, oscilando entre esas dudas, no sabiendo á qué atenerse y dispuesto, sin embargo, á hacer lo que agrade á Dios, en este caso la duda no es práctica, sino simple temor, vano escrúpulo que debe despreciarse.

Así, pues, cuando se tiene la voluntad firme de no ofender á Dios y se obra en virtud de la obediencia que obliga á pasar sobre esos escrúpulos, no se peca, aunque se obre con temor y sin pensar actualmente en los mandatos del director espiritual.

CAPÍTULO XI.

OBEDIENCIA AL CONFESOR.

El segundo privilegio de los escrupulosos consiste en que, después de haber obrado, deben creer que no han consentido en ninguna falta, á no ser que estuviesen del todo ciertos de haber conocido y querido plenamente la malicia del pecado. Y sus dudas son señales ciertas de que faltó la plena advertencia ó el pleno consentimiento, porque si la una ó el otro hubiesen existido, los escrupulosos tendrían plena certidumbre.

Si el confesor les prohibe, pues, acusar esas dudas, deberán obedecer ciegamente, y no abandonarlo aunque persista en la resolución de no darles oído.

Sobre este punto se engañan grandemente los confesores que se prestan á oir todas las dudas de los escrupulosos, porque éstos, á fuerza de sutilizar todo para explicarlo á su gusto, trastornan más su conciencia y acrecientan los obstáculos para la perfección. En cuanto á los penitentes, no tienen que hacer más que someter su juicio al de su padre espiritual, obedeciéndole en todo.

Es preciso que sepan que si éste les prohibe acusarse de ciertas materias, y aun hablar de ello, sin tener certidumbre de pecado grave; ó si después de haberlos oído los envía á comulgar sin absolución, no deben ponerse á discutir, convirtiéndose en doctores, sino sólo obedecer con los ojos cerrados, sin investigar el porqué de lo que se les manda.

Mas he aquí que algún escrupuloso dirá: *En cuanto á mí, lo único que deseo es obrar con la certidumbre de que agrado á Dios.* La mayor seguridad que podéis tener es la obediencia al confesor, despreciando el escrúpulo, á pesar de todos los temores. Y sabed que aun en artículo de muerte estáis obligado á obrar así, para no ser víctima de los engaños del demonio.

Repito lo expuesto: debéis hacer escrúpulo de no esforzaros en vencerlo obrando en contra, según la orden de vuestro confesor; y esto aunque estuvieseis convencido de que la duda que os atormenta no es un escrúpulo vano.

Si os abstenéis de obrar por el escrúpulo, no haréis progresos en las vías de Dios. Os expondréis, además, á perder el alma ó el juicio, y esto sí que ciertamente es un pecado.

Con este fin el demonio acumula tantos temores. Quiere que los escrupulosos caigan en la relajación, que pierdan el cerebro, ó siquiera que no hagan progresos en las virtudes, para que vi-

van en continuas angustias y turbaciones, de las que el infierno siempre logra ventajas. San Luis Gonzaga decía: *El demonio siempre halla qué pescar en la agua turbia.*

Si queréis, pues, marchar con seguridad por el buen camino, obedeced puntualmente todos los mandatos y reglas de vuestro director. Rogadle que os prescriba no sólo reglas generales, sino también particulares, para que ordenéis vuestra conducta.

Generales, por ejemplo: que todas las veces que no veáis con claridad una falta grave, caminéis sobre el escrúpulo sin darle importancia alguna; pero que no os confeséis de otra cosa sino de aquello que podáis jurar que es falta grave no acusada en otra vez; que comulguéis siempre que no estéis cierto de haber cometido pecado mortal; que no repitáis nunca vuestras oraciones si no estáis cierto de haberlas olvidado, etc.

Si un escrupuloso se atuviese sólo á las decisiones dadas por el confesor en casos particulares, estas reglas le servirían muy poco. ¿Quién irá á convencer á un escrupuloso de que el segundo caso que se le presente es igual al primero? Si no tiene, pues, reglas generales, ó si no las sigue, permanecerá siempre turbado é inquieto.

Lo repetiré más todavía: obedeced. No consideréis á Dios como á un tirano. Sin duda Él tie-

ne al pecado un odio infinito; pero no puede odiar al que sinceramente detesta sus faltas, al que está pronto á morir antes que caer en ellas.

Decidme, si tuvieseis para alguno las disposiciones y el amor que tenéis á Dios, ¿creéis que no obtendríais correspondencia alguna? ¡Oh! ¡qué bueno es Dios con los hombres de buena voluntad! El Rey Profeta nos lo asegura: *¡Qué bueno es el Dios de Israel, para los que tiénen el corazón recto!* (Psalm. LXXXII, I.)

Dios no puede olvidar á los que le buscan. (Thren. III, 25). Nuestro Señor dijo cierto día á Santa Margarita: «Hija mía, ¿tú me buscas? Pues sábete que mucho más te he buscado yo.» Creedlo, Dios os dirá lo mismo, si le amáis y le buscáis de veras. Abandonáos, pues, entre sus brazos cariñosos de padre; confiad en Él; entregadle vuestra alma para que la guarde, y os librará de todas las angustias. *Arrojad en su seno,* os dice San Pedro, *todas vuestras solicitudes, porque á Él pertenece el cuidado de vosotros.* (I Epist. V, 7.) Obedeced, pues, y desechad vuestros temores.

CAPÍTULO XII.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Un día dijo el Salvador á la misma Santa Margarita que sus temores le impedían avanzar en la perfección. No retrocedáis, pues, en vuestro camino por esas pequeñeces, si vuestro amor es sincero; ni penséis que Dios lanzará los rayos de su cólera sobre vuestra alma por todo pecado leve que cometáis.

«Hijas mías, decía Santa Teresa de Jesús, no creáis que Dios se fija en pequeñeces como lo pensáis; no dejéis que se apoque vuestro corazón, porque perderéis muchos bienes; bastará que vuestra intención sea recta y firme vuestra voluntad de no ofenderlo.»

Además, tened siempre delante de los ojos este gran consejo que San Felipe Neri no cesaba de repetir á sus penitentes: «Tened confianza en el confesor, porque Jesucristo no permitirá que se engañe. El medio más seguro para romper las redes del demonio es hacer la voluntad del que debe mandarnos, así como nada es más dañoso que conducirse por sí mismo.»

En vuestras oraciones pedid, pues, á Dios la preciosa virtud de la obediencia. No lo dudéis; obedeciendo habréis asegurado vuestra salvación.

A toda esta doctrina de San Alfonso agregaremos las enseñanzas, no menos seguras y consoladoras, de otros maestros de la vida espiritual.

Los exámenes rigurosos sobre faltas ligeras indican á menudo mucho amor propio, y lejos de producir adelanto en la virtud, causan ordinariamente mayor embarazo de conciencia.

Este trabajo excesivo que se toma para aclarar las dudas, así como las inquietudes que vuelven por ello, enfrían la devoción, disipan el fervor y privan de examinar las faltas reales y los verdaderos defectos. Es máxima segura de San Francisco de Sales que, no siendo de propósito deliberado, no hay que temer mucho las faltas ligeras, cuyas ocasiones se multiplican. La demasiada aprensión sobre ellas nos arrojaría en un mar de perplejidades continuas, deteniendo nuestros pasos en el camino espiritual.

Un viajero que hace grandes jornadas, aunque á veces retroceda un poco ó se aparte de la vía, llegará más presto al término que algún otro que, marchando con mil precauciones, no da paso inútil, pero camina muy despacio, con toda circunspección, viendo dónde pone el pie, para no tropezar con alguna piedrecilla que le hiera las plantas, para no levantar el polvo que pudiera

ofuscarlo, y volviéndose hacia todos los senderos, se detiene en examinarlos, atormentado por el temor de desviarse un poco.

Lo que importa, pues, en este asunto no tanto es el temor de hacer pecado venial en todas las cosas, sino el firme propósito de no cometer deliberadamente ninguno.

El que tenga esta resolución podrá decirse, para obtener la tranquilidad en sus dudas: «Odio el pecado y evito las ocasiones. Mi resolución ordinaria es no cometer ninguno, aun de los más ligeros; si caigo por debilidad, al menos no tengo la costumbre. En cuanto al pecado mortal, me parece que lo aborrezco mucho más que todos los males del mundo, y es una prueba de ello la gran pena que sufro sólo de imaginarme que puedo caer en ese abismo. ¿Qué mal he hecho yo en esta circunstancia, objeto de mis inquietudes? Si soy culpable, no puedo ser más que de alguna negligencia ó debilidad poco advertida. Es muy improbable que haya consentido plenamente en el crimen. El hombre no pasa jamás en un instante y sin intermedio de una extremidad á otra; es imposible que en un punto caiga de las alturas de la perfección á la rebeldía contra Dios y al pecado mortal. Sólo por grados se desciende; el descenso, en verdad, es rápido á veces, pero no instantáneo. Nadie se precipita; algunos bajan solamente de Jerusalén á Jericó. Para pecar mortal-

mente se necesita consentimiento perfecto, y tengo razón al pensar que si en esa circunstancia hubiese tenido toda mi libertad y toda mi reflexión, el pecado mortal hubiera excitado en mí horror idéntico al que ahora me turba.»

Así puede reflexionar á los pies de Jesucristo el que se siente atormentado por vanas inquietudes.

CAPITULO XIII.

MÁS SOBRE LOS ESCRÚPULOS EN LA CONFESIÓN Y AVISOS Á LOS CONFESORES.

MUY á menudo los escrupulosos se imaginan que no harán buenas confesiones, sino cuando manifiesten al sacerdote cuanto les acontece, aunque sea sin su voluntad; ó cuando acusen con detalles minuciosos sus faltas veniales, ó, finalmente, cuando tengan contrición sensible.

San Francisco de Sales les responde: «Si decís: Me acuso de que en el espacio de dos días tuve muchos movimientos de cólera, pero no los he consentido, acusaréis vuestras virtudes y no vuestras faltas.»—*Pero*, diréis, *¿Y si me viene duda sobre el consentimiento?* En tal caso debéis inves-

tigar si la duda tiene algún fundamento, y si así fuese, podéis manifestarla en la confesión con toda simplicidad; de otro modo, mejor es no hablar de ello, ya que lo hacéis para satisfaceros á vos mismo; y si de eso os sobreviniere alguna pena, soportadla como una de tantas cosas irremediables.

No estamos obligados á descubrir al sacerdote los pecados veniales; mas en el caso de confesarlos, se necesita arrepentirse de ellos y tener propósito firme de la enmienda. Por eso, cuando alguien no tenga más que pecados veniales, es necesario, para asegurar la validez de la absolución, el arrepentimiento sincero, cuando menos, de un pecado venial, ó acusarse de alguna falta grave de la vida pasada, de la que se tenga seguridad de arrepentirse. Esto último sería lo mejor.

Pero no es indispensable declarar esos pensamientos ligeros que revolotean como mosquitos ante nuestros ojos, ni tampoco el enfado y disgusto en las prácticas espirituales, porque todas estas cosas no son pecados, sino incomodidades y miserias.

Después de la confesión no conviene examinar ya si todo se hizo bien. Lo que en esos momentos debe hacer toda alma que ame á Jesucristo, es postrarse ante Él para darle gracias por el beneficio de la reconciliación.

Diréis acaso que desearíais tener contrición verdadera, pero que no lo habéis conseguido.

Respondió: Gran cosa es ante Dios el poder desearla, tanto, que *tendréis la contrición* por el *hecho mismo de desearla.* No la sentiréis; pero no importa: el fuego que está bajo ceniza no se ve tampoco ni se siente, y sin embargo existe.

Preguntáis cómo se hace la contrición en poco tiempo. Es sencillísimo: basta pedir esa gracia á la Virgen Santísima y postrarse unos momentos ante Dios, con espíritu de humildad y arrepentimiento por haberle ofendido, y prometer la enmienda y el uso de los medios para conseguirla.

No os turbéis porque no vengan á la memoria todas las caídas ligeras para confesarlas. Porque, así como caéis á menudo sin apercibiros de ello, así también os levantáis sin advertirlo. No os aflijáis por eso. Id humildemente á decir con toda franqueza lo que hagáis, advirtiendo que para que el pecado exista, es indispensable siquiera alguna voluntaria malicia ó consentimiento. Mas ¿quién podrá conocer ese consentimiento? Es ciertamente difícil el definirlo, y por eso exclama el Salmista: «¿Quién entenderá los pecados?» Por lo que agrega una súplica para que Dios lo purifique de las faltas ocultas; es decir, de los pecados que no pueden discernirse.

Os daré, sin embargo, un consejo: Cuando dudéis de haber consentido en el mal, tomad siempre esa duda como una negativa. Ved aquí la razón: para un pecado, se necesita verdadero y

pleno consentimiento de la voluntad; y esto es tan claro que no deja lugar á duda.

¿No os parece que esta enseñanza de San Francisco de Sales es como la espada de Alejandro, y corta de un golpe el nudo gordiano de muchas perplejidades?

Si los escrupulosos son dignos de lástima, lo son igualmente sus confesores. San Francisco de Sales aconsejó á su amigo el Obispo de Belley que se dedicase al confesonario; el Obispo obedeció. «Pero, escribe éste, cansado de tanta fatiga, le escribí que pensando hacer un confesor había hecho un mártir, y me contestó, con gracia muy singular, diciéndome que esta carga es semejante á la del cinamomo, que recrea y fortifica al que la soporta.»

Hay por eso innumerables maestros de espíritu que, como los vendimiadores y cosecheros, no se satisfacen hasta no haber sucumbido al peso de la carga. ¿Quién los ha visto nunca lamentarse por el exceso de vendimia ó de cosecha?

«Así como se llaman mártires á los que confiesan á Dios delante de los hombres, es decir, á los que por sus sufrimientos dan testimonio de la verdad de la Fe, del propio modo, dice San Francisco de Sales, no resultaría gran daño en dar, hasta cierto punto, el nombre de mártires á los que confiesan á los hombres delante de Dios.»

Terminemos lo que se ha dicho sobre el escrú-

pulo en las confesiones, con los siguientes avisos:

«Los Doctores—dice San Alfonso de Ligorio—dan muchas reglas para la dirección de los escrupulosos; pero no hay ciertamente, fuera de la oración, remedio tan eficaz para curarlos, como la obediencia al confesor. Esforzáos, pues, ante todo en inculcar profundamente en el espíritu de los escrupulosos dos máximas fundamentales: primera, que se camina con toda seguridad delante de Dios obedeciendo al padre espiritual en todo aquello que no aparece un pecado evidente; la razón es porque no se obedece al hombre, sino á Dios, que ha dicho: *El que á vosotros escucha, á mí me escucha.* Tal es la doctrina de todos los teólogos y maestros de la vida espiritual.

»La segunda máxima es que el más grande de los escrúpulos debe ser la desobediencia, porque así expone al sumo daño de perder no sólo la paz, la devoción, el celo para avanzar en la virtud, sino también el cerebro, así como la salud temporal y la eterna.»

El gran confesor de Roma, San Felipe Neri, solía repetir estas consoladoras frases: «*Por la obediencia, jamás se ha perdido un alma; sin la obediencia, jamás se ha salvado un alma.*»

El confesor goza de infalibilidad práctica respecto del penitente. Bastará, pues, oir de sus labios que vais por el buen camino; que la misericordia y la gracia de Jesucristo están con vos, para que

estéis tranquilos, dándole pleno crédito como en todo lo demás. «Porque, dice San Juan de la Cruz, el no someterse en todo y por todo al confesor, es orgullo y falta de fe.»

«Temeréis á veces, agrega San Buenaventura, obrar contra el instinto de la conciencia al obedecer; os parecerá que pecáis obedeciendo; mas, por el contrario, habéis adquirido gran mérito delante de Dios.»

CAPÍTULO XIV.

ESCRÚPULO SOBRE LA COMUNIÓN.

Así como nadie puede ser virtuoso sin religión, así también nadie puede ser religioso sin la Comunión. «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, dijo nuestro Señor, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros; pero el que come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.» Es un artículo de fe: sin la Comunión no hay vida verdaderamente cristiana.

De aquí las urgentes exhortaciones de la Iglesia sobre la frecuente Comunión, reiteradas sin cesar. De aquí también los esfuerzos del demonio

para alejar á los fieles todos, y principalmente á las almas piadosas, de la Santa Mesa. Y ha logrado mucho, porque, desgraciadamente, en el corazón de innumerables cristianos hay indiferencia y frialdad sumas acerca de este sacramento de vida, y en otros temores y escrúpulos que producen el mismo efecto, porque los privan de la felicidad de la Comunión ó les impiden, siquiera en parte, sacar de ella el fruto conveniente.

Por su inmensa caridad para con estos últimos, San Alfonso María de Ligorio se consagró á resolver sus dudas y á disipar sus temores. Para alentarlas á que no se alejen de Jesucristo, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres, les muestra las condiciones y ventajas de la Comunión frecuente. Sigamos sin temor alguno las enseñanzas de este gran Doctor de la Iglesia.

—¿Qué pensar, dice, de esas buenas almas que, fuera de la facilidad de comulgar á menudo, tienen el ejemplo de otros que se acercan á la Santa Mesa, mientras ellas se abstienen sin razón alguna? Veamos si son racionales sus excusas.

—*No comulgo con frecuencia*, dirá alguno, *porque no soy digno.*—¡Ah! Si esta razón fuese aceptable, se seguiría que jamás seríais digno de comulgar. «El que no es digno de comulgar todos los días, tampoco lo será al cabo de un año.» ¿Quién podrá ser una vez siquiera digno de la Sagrada Co-

munión? Sólo Nuestro Señor Jesucristo, que era hombre y Dios, ha comulgado dignamente, porque sólo un Dios es digno de recibir á un Dios.

¡Decís que no sois digno! ¿Pero ignoráis que dejando de comulgar os hacéis todavía más indigno? Mientras más os alejéis de la Sagrada Comunión, serán mayores y más repetidos vuestros defectos, porque estaréis necesitado de todos los recursos de los que es fuente preciosa la Sagrada Eucaristía.

De muy diverso modo raciocinaba una religiosa dominica. Decía: «Precisamente porque soy indigna, quisiera comulgar tres veces al día para no serlo tanto.»

Casiano se proponía esta pregunta: «¿Qué será más conforme á la humildad? ¿Comulgar á menudo, ó sólo raras veces?» Y responde: «El que comulga con frecuencia es más humilde, porque, conociendo su enfermedad, busca todos los días el remedio de sus males.» Tal es igualmente la doctrina del Doctor Angélico: «Aunque sea agradable á Dios, dice, abstenerse de la Comunión por temor y humildad, sin embargo, prefiere el amor y confianza que se le demuestra recibiéndole.»

—*Pero no sé si estoy en gracia.*—Decidme: para saberlo, ¿qué desearíais? ¿Esperáis, por ventura, un ángel del cielo que os lo venga á declarar? ¿No basta que el confesor os lo manifieste? Y po-

déis estar más tranquilo con lo que os dice el ministro de Dios que con lo que pudieran deciros todos los ángeles del paraíso. Puesto que lo que os pareciera oir de los ángeles podría ser una ilusión; pero en lo que se oye al padre espiritual, que ocupa el lugar de Dios, no hay error posible.

Siempre que el confesor os prescriba que comulguéis, guardaos de dejaros vencer por el demonio y de absteneros á causa de vuestros temores y escrúpulos. Y sabed que no hay desobediencia más perjudicial á una alma que la de abandonar la Comunión, porque este apartamiento procede de la falta de humildad, puesto que en el fondo de las cosas sólo obraréis de esta suerte porque preferís vuestro juicio al de vuestro director.

—*No me atrevo á comulgar con frecuencia, porque caigo siempre en los mismos defectos, sin advertir enmienda alguna.*—Respondo: Acercáos todos los días á la Comunión, para que cada día os aproveche. Pero debéis, sin embargo, vivir de tal manera, que merezcáis comulgar todos los días.

En cuanto á los que cometiesen pecados veniales con deliberado propósito, diciendo mentiras voluntarias, conservando algún resentimiento ó alguna afección terrestre, ó cometiendo otras faltas semejantes, á sabiendas de que constituyen un obstáculo para la perfección, sin procurar la enmienda; á todos ellos lo más que se les puede conceder es que comulguen semanariamente con

objeto de adquirir la fuerza necesaria para no caer en pecados mortales.

Con mucha pena permitiría la Comunión frecuente á alguno que quisiese perseverar en determinado defecto, que sin ser claramente ni pecado leve, fuese en realidad opuesto á la perfección, sobre todo tratándose de la humildad y de la obediencia. Sin embargo, si el que se encontrare en esta situación no tuviese afecto al pecado venial y se abtuviese de toda falta voluntaria, dándose á la oración y á la mortificación de los sentidos y de las pasiones, el sacerdote podrá permitirle la Comunión cuatro ó cinco veces por semana.

CAPÍTULO XV.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Si conocéis que vuestras faltas son plenamente deliberadas y que no tenéis voluntad de corregiros, ni yo ni nadie os aconsejará la Comunión frecuente.

Pero no tenéis, por fortuna, afecto á los pecados veniales ni costumbre de cometerlos con plena deliberación; por el contrario, os agrada orar y deseáis el progreso de vuestra alma. Obe-

deced al confesor, os lo repito, y no acumuléis dificultades.

Cuanto más enfermo estéis, con tanto mayor ahinco debéis buscar el remedio que la Comunión os presenta. En esto seguiréis el consejo de San Ambrosio: «Yo, que peco cada día, dice, debo buscar cada día el remedio.» A los muros que se inclinan se les ponen trabas, no para enderezarlos, sino para evitar la caída.

Decís que no os enmendáis; y alejándoos de la Comunión, ¿llegaréis á enmendaros algún día? Al contrario, seréis peor. En su *Tratado de la Comunión*, escribe el padre Granada: «El que quiera sanar de sus enfermedades, no debe alejarse del gran remedio de la Comunión.» Aunque no hubiese otra ventaja, se lograría al menos la de poder decir: «Comulgué hoy, y debo comulgar mañana.» ¡Cuántas veces estas solas palabras son suficientes para que evitemos el pecado con más ahinco, empleando mayor vigilancia!

Además, el Sacramento, por sí mismo, comunica luz y fuerza. La enseñanza común de los teólogos es que la Santa Eucaristía confiere más gracia que los otros sacramentos, porque allí se encuentra Nuestro Señor Jesucristo, que es el autor de la gracia. Es más grande el don de un príncipe hecho por su propia mano, que cuando se recibe por medio de otro.

—*Pero estoy distraído, frío y sin devoción.*—

¿Qué entendéis por devoción? ¿El fervor sensible? Este no es necesario. Basta que tengáis la resolución firme de hacer lo que sepáis que agrade á Dios. Tal es la verdadera devoción y fervor que Él os pide. Y aun cuando no sintiereis ni ese fervor de la voluntad, debéis acercaros á la Sagrada Mesa para obtenerlo.

«El que se abstiene de comulgar, dice Gerson, porque no está fervoroso, se asemeja al que teniendo frío rehusa el fuego para calentarse.»

Además, según el sentir de San Lorenzo Justiniano, el Santísimo Sacramento opera á veces sin que nos apercibamos de ello.

Escuchad la consoladora doctrina de San Buenaventura: «Aunque os sintáis tibio y sin devoción, no dejéis de comulgar con toda confianza. Mientras más grave está el enfermo, mayor necesidad tiene de médico.»

No os dejéis llevar por la idea ilusoria de que comulgando raras veces podríais adquirir más devoción. El que come pocas veces lo hace en verdad con apetito, pero también con menos provecho.

Comulgando raras veces, experimentaréis quizá más devoción sensible; pero poco adelantaréis en la perfección, porque dejaréis por mucho tiempo de alimentaros con lo único que os puede fortalecer para evitar vuestras faltas. No atendáis, pues, á la devoción más ó menos sensible;

pensad sólo en comulgar para uniros á Dios, y con esta intención, os lo aseguro, sacaréis grandes ventajas.

—*Me abstengo á veces de la Comunión para no causar murmuraciones entre los que, conociéndome tan imperfecto, se escandalizarían viéndome comulgar con frecuencia.*—Siempre que comulguéis por consejo del sacerdote encargado de vuetra alma, y con intención de avanzar en el amor de Dios, ó al menos para alejaros de toda falta, acercáos sin temer á lo que digan los otros. Decía el Beato Juan de Ávila que «los que se ocupan de reprender á los que comulgan con frecuencia hacen oficios de demonios». ¿Querríais acaso escuchar á éstos?

Un día que Santa Francisca Romana se preparaba á comulgar, le dijo el demonio: «¿Cómo te atreves á recibir al Cordero sin mancha, tú que estás cubierta de imperfecciones y pecados veniales?» La Santa, comprendiendo que el enemigo de nuestra naturaleza intentaba impedirle la Comunión, lo ahuyentó escupiéndole en el rostro. Y al punto la Santísima Virgen se le apareció, elogiando su proceder y agregando que los defectos no deben impedirnos la Comunión, sino al contrario, alentarnos para hacerla, porque en la Santa Eucaristía está el remedio para todas nuestras miserias.

Esto es conforme con la enseñanza del Cate-

cismo Romano, donde se asegura que la Comunión perdona los pecados veniales. O como habla Santo Tomás, con el común de los Doctores, la Comunión produce en el alma actos de amor á Dios, por los que se perdonan los pecados veniales.

CAPÍTULO XVI.

NUEVOS PRETEXTOS PARA NO COMULGAR.

Me *falta tiempo para prepararme á la Comunión como debiera.*—Si perdéis el tiempo en ocupaciones inútiles, esta excusa no tiene valor alguno; pero si en realidad carecéis del tiempo que desearais á causa de vuestras ocupaciones personales y de otros deberes que la obediencia os impone, sabed que todas esas cosas, cumplidas con intención de agradar á Jesucristo, son una preparación para recibirlo.

Santa Magdalena de Pazzis se encontraba un día haciendo el pan cuando oyó la campanilla de la Comunión, quedando arrobada en éxtasis; y sin advertirlo, se acercó á la Santa Mesa llevando aún en las manos dos trozos de pasta. Y decía á sus hermanas: «Para prepararos á la Comunión

ofreced á Jesucristo todas vuestras acciones con intención de agradarle, y acercáos sin temor alguno.»

No debéis, por tanto, dejar la Comunión, aunque no hubieseis tenido tiempo de prepararos, con tal de que os hayáis ocupado en el servicio de la comunidad, en la asistencia de algún enfermo ó en cualquiera otra obra de caridad imprescindible.

Pero en estos casos evitad las conversaciones y entretenimientos no necesarios, si dependen de vuestra voluntad. Cuando advirtáis que no habrá tiempo de prepararos por la mañana, cuidad de prepararos siquiera un poco la víspera, leyendo algún libro piadoso y practicando los actos que deberíais hacer por la mañana. Y sería mejor que os despertaseis más presto que de ordinario, para prepararos un poco.

—*Pero mi confesor no está dispuesto á permitirme la Comunión frecuente.*—Si esta es la verdad, debéis obedecerle, contentándoos con multiplicar las comuniones espirituales, diciendo á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento: «Señor mío Jesucristo, os recibiría más á menudo, pero la obediencia no me lo permite.» Y estad cierto de que el amable Jesús aceptará con mucho agrado vuestra obediencia y vuestro deseo.

Pero si el confesor no os concede comulgar con frecuencia, ¿no es quizá porque no se lo pedís?

El pedirlo de ningún modo es contra la obediencia. Y aun los confesores, para conceder la Comunión más ó menos frecuente, atienden al deseo que observan en sus penitentes.

Como lo he dicho, este alimento celestial, para producir todos sus frutos, requiere gran deseo en quien lo recibe, y aprovecha poco á las almas indiferentes. No queréis pedir licencia para comulgar á menudo, y se demuestra así que no lo deseáis. Por eso el confesor se abstiene de concederos ese don.

¿Por qué no seguís el ejemplo de Santa Catalina de Sena? Cuando su confesor, quizá para ejercitar su obediencia, le negaba él permiso de comulgar, humildemente repetía: «Padre, conceded á mi alma su alimento.»

Si manifestaseis á vuestro confesor esta hambre divina, accedería gustoso á vuestros ruegos; pero considerando vuestra frialdad y poco deseo de perfección, por prudencia se abstiene de prescribiros la Comunión frecuente.

¡Oh! ¡Cómo avanzan en el amor divino los que, animados de buen deseo y con permiso de su padre espiritual, comulgan á menudo! Jesucristo los atrae maravillosamente, sin que ellos lo adviertan; los deja á veces en la obscuridad y sin devoción sensible, para mantener su humildad y resignación.

«Para las almas desoladas, dice Santa Teresa,

no hay mejor recurso que la Comunión frecuente.» Dígase lo que se quiera, lo cierto es que las mejores parroquias, ordinariamente hablando, son aquellas donde abundan las comuniones frecuentes, y en esas parroquias los fieles más fervorosos y ejemplares son los que diariamente se acercan á la Santa Mesa.

¿De qué sirven tan vanas excusas? Lo cierto es que no se comulga con frecuencia para no verse obligado á vivir más cristianamente y con más desapego de sí mismo y del mundo. Se sabe bien que dos cosas no pueden andar unidas: la Comunión frecuente y la disipación; los afectos mundanos, las vanidades, la afición á la propia estima, á la sensualidad y otras imperfecciones.

He aquí por qué se deja la Comunión frecuente. Nadie puede sufrir los reproches de Jesucristo cuando viene á un alma constituída en esta situación. Y se le recibe raras veces porque se desea vivir con mayor libertad.

CAPÍTULO XVII.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Si obráis como se ha dicho, yo igualmente os aseguro que no os conviene recibir con frecuencia á Nuestro Señor Jesucristo, puesto que le amáis poco y tenéis pocos deseos de amarle. Sin embargo, reflexionad seriamente sobre ese tedio obstinado que no intentáis remediar, porque puede arrojaros tarde ó temprano al abismo.

Salid, pues, de ese estado miserable; daos á Dios por el tiempo que os resta de vida y cuyo término está más cerca de lo que pensáis; trabajad en vuestra reforma lo mejor que podáis, y pedid la Comunión más frecuente. Si el confesor os permite, comulgad sin dificultades ni temores, dejando al mundo decir lo que quiera.

No temáis el dar cuenta á Dios de ello á la hora de vuestra muerte. Os lo digo y os lo aseguro. En vuestros últimos momentos no os arrepentiréis de las comuniones hechas con el permiso conveniente; más bien os dolerá haber omitido muchas sin razón alguna, y sólo por vuestro tedio ó negligencia.

Santa Magdalena de Pazzis vió en el Purgatorio una alma que sufría por haber omitido una Comunión sólo por indolencia. Por esto, siempre que la Santa veía que alguna de sus religiosas dejaba sin causa la Comunión, experimentaba tal pena y desagrado, que muchas veces se la vió llorar por ello.

Sabed, pues, que entre todas vuestras devociones no hay alguna tan agradable á Jesucristo como la santa Comunión. Y, en verdad, toda la perfección de un alma consiste en su íntima unión con Dios, y siendo la Comunión el acto que nos une más á Él, síguese que nada habrá más eficaz para perfeccionarnos. Por eso la misma Santa Magdalena exclamaba: «Mejor quisiera morir, que dejar una Comunión prescrita por la obediencia.»

Después de San Alfonso, á quien pertenece todo lo anterior, oigamos á San Francisco de Sales. Este Santo Doctor decía que los que buscan excusas para no comulgar á menudo, se asemejan á los invitados de la parábola, los cuales produjeron la indignación del padre de familias, aunque las causas que alegaron para no concurrir al banquete parecían aceptables.

«Pero, dice el Santo, las excusas de los que se retiran de la divina Eucaristía, parecen más bien acusaciones.»

«Unos dicen que no son todavía bastante per-

fectos; pero ¿cómo llegarán á serlo alejándose de la fuente de toda perfección? Otros, que son muy frágiles, y no miran que éste es el pan que los hará fuertes; otros, que están enfermos, y no ven que allí está el médico; otros, que no son dignos, y no recuerdan que la Iglesia hace repetir á todos, aun á los más santos, estas palabras: *Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada.*

»Otros se excusan con el peso de sus negocios, y no oyen que el mismo Señor les da voces diciéndoles: *Venid á mí todos los que trabajáis y estáis sobrecargados, y yo os confortaré.* Otros temen recibirlo para su condenación; pero ¿no temerán condenarse si de Él se alejan?

»Otros pretextan humildad; pero de ordinario es falsa como la de Acaz, que se oponía á la gloria de Dios fingiendo temor de tentarle. Sobre todo, ¿cómo es posible aprender á recibir á Jesucristo sino recibiéndole? Sabido es que todas las cosas se aprenden ejercitándolas.

»El Salvador se queja del abandono de su pueblo; de que lloren los caminos de Sión porque nadie viene á sus solemnidades; de llamar á la puerta sin que nadie le abra; de que se le niegue la entrada á Belén. Es de temer que los que le abandonan sean abandonados, y que rechace en la otra vida á los que le rechazaron en ésta.»

Si los mundanos os preguntan por qué comulgáis tantas veces, decidles que para aprender á

amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones y sosteneros en vuestras debilidades.

Decidles que dos suertes de personas deben comulgar á menudo: los perfectos, porque sería una injusticia que teniendo las disposiciones debidas se alejasen de Jesucristo; los imperfectos, para poder caminar á la perfección; los fuertes, para no debilitarse; los débiles, para fortalecerse; los enfermos, para adquirir la salud; los sanos para no enfermar. Y manifestadles que en cuanto á vos, como imperfecto, débil y enfermo, necesario es que comuniquéis con Jesús, que es vuestra perfección, vuestro médico y vuestra fuerza.

Decidles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar porque no les falta tiempo; y los que abundan en ocupaciones, porque los que trabajan mucho y están cargados de penas necesitan alimentos sólidos y frecuentes. Decidles que os acercáis á la Santa Mesa para aprender á recibir á Jesucristo, porque nada se hace bien si no se practica mucho.

Frecuentad la Comunión cuantas veces podáis con permiso del sacerdote, y creedme: á fuerza de adorar y alimentaros con Aquel que es la hermosura, la bondad y la pureza, os haréis semejantes, siquiera de lejos, á Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII.

ESCRÚPULOS SOBRE LA ORACIÓN.

Lo hemos dicho y está demostrado por la experiencia: cuando el escrúpulo se apodera de un alma se extiende á todo. Y ésta, como nuestro Señor Jesucristo sobre la cruz, no puede apoyar la cabeza coronada de espinas ni á la diestra ni á la siniestra. Después de los dos sacramentos de que nos ocupamos arriba, la oración, entre todos los ejercicios espirituales, es un riquísimo bálsamo de consuelo y un estímulo eficaz para todas las almas. Pero el escrúpulo, atacándola constantemente, concluye por hacerla fastidiosa.

¿De qué me sirve meditar? dicen muchos. Estoy ante Dios como tierra sin agua, insensible, árido, distraído, ni sé qué decir. Llego al fin de la meditación, que me parece larguísima, sin sacar más provecho que un cansancio lastimoso del cerebro y un temor grande de haber abusado de la gracia.

Decís que os encontráis *insensible*, *árido*, *distraído en la oración*. Si es por vuestras culpas, procurad la enmienda. Si, por el contrario, esta

situación es una prueba, consolaos y guardaos bien de abandonar la meditación. Oid á San Francisco de Sales:

«Propio es de los niños gustar del dulce y los confites, porque aun carecen de juicio para conocer que estas golosinas les hacen mal y les crían lombrices. Esto acontece á los espíritus ligeros y poco arraigados en la piedad: no hacen progreso alguno en la virtud sino cuando Dios les llueve el maná de los consuelos interiores.

»¿Llegan la aridez y desolación? Presto se les verá lánguidos, flojos y pesados para sí y para otros. Son como los hijos de Efrem, los cuales, diestros para tirar al blanco, huían al ver de frente al enemigo.

»No conviene obrar así; antes por el contrario, cuanto más nos priva Dios de los consuelos, más debemos nosotros trabajar para darle pruebas de que le somos fieles. Un solo acto de virtud hecho con aridez ó sequedad de espíritu, vale más que muchos practicados con gran ternura, porque hay más generosidad en aquél, aunque éstos sean gustosísimos á nuestra alma.

»El soldado valiente se presenta con serenidad en los peligros; pero los que son cobardes no van sino á empellones, y necesitan el fragor de los clarines para entrar en batalla. Son como los globos, que suben más alto mientras más vayan cargados de viento.

»El que sirve á Dios por los consuelos muestra que *ama más los consuelos de Dios que al Dios de los consuelos.* Todo el que huye de la cruz no es digno de seguir al Maestro.»

El mismo santo Doctor decía á veces: «*Mejor quiero comer el pan sin azúcar que el azúcar sin pan.*» Ciertas almas hacen como los niños, á quienes para poder nutrirlos se les pone miel sobre el pan: ellos lamen aquélla, pero abandonan éste. Los que no aman á Dios sino por la dulzura de su amor, son como las golondrinas, que buscan el calor de nuestras moradas y nos abandonan en invierno.

La ausencia de consuelos sensibles en la oración y otros ejercicios espirituales produce en muchos amargas inquietudes, porque se imaginan que con el tedio y sequedad no se hacen progresos en la virtud.

Los grandes maestros de espíritu les responden: «Para ir al cielo no queréis avanzar sino sobre una senda regada de rosas, como si el camino de la felicidad no estuviese sembrado de espinas y como si el Espíritu Santo no nos asegurase que para entrar al cielo necesitamos muchas tribulaciones.

»Vivid sólo para Dios, y por el amor que os tiene, soportad vos mismo todas vuestras miserias, dice el mismo santo. Ser esclavo de Dios no consiste en estar siempre consolado, siempre en

dulzuras, siempre sin aversión ni repugnancia para el bien. Si así fuese, ni Santa Ángela, ni Santa Catalina de Sena, ni Santa Paula, hubieran servido á Dios.

»Servirle es tener caridad con el prójimo; alimentar en la parte superior del espíritu la resolución firme de seguir la voluntad divina; ser manso y humilde para entregarse del todo á Jesús, para levantarse de toda caída, y soportarse á sí mismo y á los otros.

»Hay almas que no conocen devoción si no es la sensible; tan delicados tienen los dientes del espíritu, que no pueden masticar el pan de vida si no es tierno y suave. Hombres de poca fe, á quienes pudiera hacerse el reproche de la Escritura: «¿Hasta cuando amaréis como niños sólo las cosas de la infancia?»

CAPÍTULO XIX.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

A nuestro Santo, dice el autor del *Espíritu de San Francisco de Sales*, aunque tan compasivo con los otros que le vi llorar muchas veces sobre los pecadores y sobre los enfermos, á imitación de Jesucristo, que lloró sobre Jerusalén y sobre la tumba de Lázaro, lo era tan

poco consigo, que jamás se quejaba de trabajo alguno que le sucediese. Si caía enfermo, refería simplemente su mal, y después se entregaba en manos de la Providencia y á disposición de los médicos, á quienes obedecía sin vacilar.

En las aflicciones interiores era, por decirlo así, amigo y partidario de ellas; diciendo que así como es mejor el pescado que se cría en las aguas salobres del mar, así también las mejores almas, las más sólidamente virtuosas son las que encuentran la paz de Dios en las amarguísimas ondas de las tribulaciones de espíritu.

Á uno que se lamentaba de la privación de consuelos espirituales, le escribió diciéndole: «El amor de Dios no consiste en consuelos ni ternuras; si así fuese, pudiera afirmarse que Jesucristo no amaba mucho á su Eterno Padre cuando decía que estaba *triste hasta la muerte;* cuando clamaba: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?* Y precisamente en esas situaciones fué cuando hacía el más sublime acto de amor que podemos imaginarnos. En fin, quisiéramos tener siempre un poco de consuelo y azúcar en nuestras viandas, es decir, gustar sensiblemente del amor y la ternura.»

En otra ocasión decía con mucha gracia que las confituras secas no son menos agradables que las líquidas, ni el asado menos sabroso que el guisado; que las flores marchitas tienen mayor

fragancia que las frescas y húmedas; que los buenos estómagos se mantienen mejor con viandas fuertes que con las que son ligeras y líquidas.

En una palabra, San Francisco no era amante de la devoción sensible, ni de las almas golosas, las cuales, decía, son ordinariamente amigas de sí mismas, y por eso pierden en lo que piensan ganar. Son como muchas madres, que por su demasiada ternura echan á perder á sus hijos.

Á uno que se quejaba de no tener gusto en la devoción, de tal modo que Dios le había quitado todas las rosas dejándole sólo las espinas, le respondió: «Tanto mejor: contáos ya fuera de la turba de aquellos perdidos que decían: *Venid, coronémonos de rosas*. Estáis, pues, en compañía de Santa Catalina de Sena, que prefirió la corona de espinas á la de piedras preciosas. Decidme, continuó el Santo, ¿qué desearías más, un alimento sin salsa ó una salsa sin alimento? ¿una perdiz sin una naranja ó una naranja sin perdiz? ¡Oh Dios! ¿Hasta cuándo gustaremos, como los niños, sólo leche y golosinas, y no alimentos sólidos y llenos de jugo saludable?

»Nada nos inquieta tanto como el amor propio y la falsa estimación de nosotros mismos. Si carecemos de ternura y gustos sensibles en la oración, de suavidades interiores en la meditación; si tenemos algunas dificultades para hacer el bien; si algún obstáculo se opone á nuestros justos deseos,

se nos verá solícitos en vencer todo eso y abatidos por la inquietud.

»¿Y por qué? Sin duda porque amamos nuestros consuelos, nuestras conveniencias, nuestras comodidades. No vemos que Jesús, prosternado en tierra, suda sangre y agua por la angustia, por el extremo combate entre los afectos de la parte inferior de su alma y las resoluciones de la parte superior.

»Decís que nada hacéis en la oración; pero lo que hacéis basta, porque ¿no es buena oración presentarnos solamente ante Dios para mostrarle nuestra nada y nuestra miseria? El más elocuente discurso que nos hace un mendigo es presentarse á nuestros ojos con su desnudez y necesidades.

»Á veces delante de Dios haréis menos que eso, porque sólo estáis allí como un espectro ó una estatua. Pero advertid que en los palacios hay estatuas que no sirven más que para recrear la vista de reyes y príncipes. Contentáos, pues, con servir de esto á Dios, y Él animará esa estatua cuando sea de su agrado.

CAPÍTULO XX.

DE LA TIBIEZA.

La falta de la devoción sensible induce á creer á los timoratos que se encuentran en estado de tibieza. Este temor los llena de inquietudes para lo presente y sobre todo para el porvenir. Para consolarlos, San Alfonso explica claramente en qué consiste la tibieza.

«Hay, dice, dos suertes de tibieza, la una *evitable* y la otra *inevitable*. De ésta, ni los santos mismos se pudieron librar. Comprende todos los defectos cometidos por mera fragilidad y sin consentimiento pleno. Tales son las distracciones en la oración, las turbaciones interiores, las palabras inútiles, la curiosidad vana, el deseo de agradar, cierta sensualidad en el comer y beber, algunos movimientos de concupiscencia no reprimidos presto, y otras cosas semejantes.

»Debemos ciertamente evitar, en cuanto podamos, todos estos defectos; pero atendida la debilidad de nuestra naturaleza, corrompida por el pecado, es imposible evitarlos todos. Debemos, por tanto, arrepentirnos de ellos porque no dejan

de desagradar á Dios; pero debemos guardarnos mucho de la inquietud que pueden causarnos. «Estos pensamientos inquietos, dice San Francisco de Sales, no vienen de Dios, que es el principio de la paz; vienen siempre del diablo, del amor propio ó de la falsa estima de nosotros mismos.»

»Es, pues, necesario ahuyentar presto los pensamientos inquietantes y no atender á ellos. Estos defectos, dice el mismo Santo, siendo indeliberados é involuntarios, se borran con un acto expreso de la voluntad: basta para ello un acto de amor ó de dolor. Son faltas, en verdad, pero no obstáculos para la perfección; ó más bien, no impiden que caminemos á la perfección, que, como es sabido, no existe en realidad más que en el cielo.

»La tibieza *evitable* sí es un obstáculo para la perfección. Los tibios de esta especie cometen pecados veniales de propósito deliberado, aunque ven claramente que los pudieran evitar con el auxilio de la gracia. «Dios nos preserva, dice Santa Teresa, de cualquiera falta deliberada, por pequeña que sea.» Tales son, por ejemplo, las mentiras voluntarias, las murmuracioncillas, las imprecaciones, las palabras picantes, las chanzas en que se ofende la caridad, el deseo de ser estimado, las afecciones demasiado humanas hacia los individuos de sexo diferente, etc. Todas estas cosas, continúa el mismo Doctor, son otros tan-

tos gusanillos muy de temer, porque sus roeduras no se perciben sino cuando han acabado con las virtudes. El demonio se sirve de estos defectillos para conducirnos á mayores excesos.

»Escuchad la amenaza que Dios ha lanzado contra los tibios: *No eres frío ni caliente; más te valiera ser frío; pero como eres tibio, empezaré á arrojarte de mi boca*. Sí, más vale en cierto modo ser frío, privado de la gracia de Dios, que ser tibio. El que está frío puede despertar por los remordimientos, enfervorizarse y cambiar de vida; pero el tibio se aduerme en sus defectos sin pensar corregirlos y casi no da esperanza alguna de enmienda.»

Por tibieza se entiende un estado habitual. Algunos pecados veniales deliberados, pero cometidos de tiempo en tiempo, no bastan para constituir un hábito. Es, sin duda, necesario evitarlos con toda diligencia; pero si á veces se cae en ellos, no hay que creer que á eso se refiere la amenaza de Dios.

CAPÍTULO XXI.

ESCRÚPULOS SOBRE DISTRACCIONES Y TENTACIONES.

OTRO motivo de turbación para las almas devotas es la multitud de distracciones, de pensamientos frívolos y extraños que les asaltan durante la oración y meditación. Y les parece que son inevitables esos defectos que sólo se originan de nuestra flaqueza, de la movilidad de nuestro espíritu y los devaneos de la imaginación. Los más grandes santos han sufrido todo eso y aun con mucha frecuencia, como lo dice el autor mismo de la *Imitación*. Se refiere que un solitario de la Tebaida intentó decir un *Pater noster* sin distracción alguna; lo comenzó cincuenta y tres veces y no logró su objeto.

No siendo voluntarias las distracciones, en nada disminuyen el mérito de la meditación «Aunque no hicieseis otra cosa, dice San Francisco de Sales, más que desechar las distracciones, vuestra oración sería excelente, porque Dios sólo atiende á la buena voluntad.»

Cuando nos hayamos puesto seriamente en presencia de Dios, desechando de antemano las distracciones que nos puedan sobrevenir, tran-

quilicémonos; y tanto más, cuanto si las distracciones sean ocasionadas por trabajos externos prescritos por obediencia. Escuchemos *El Espíritu de San Francisco de Sales* sobre este punto:

«Suspiraba por el descanso una superiora, lamentándose de que las ocupaciones anexas á su oficio la distraían de su unión con Dios: el Santo la hizo callar representándola que no hay cosa que nos pueda separar de Dios sino el pecado.

»Es ciertamente un error manifiesto el pensar que las ocupaciones legítimas nos apartan del divino amor; por lo contrario, no hay lazo más fuerte para unirnos á Dios como hacerlas puramente para gloria suya. Dejarlas para unirse á Él en la oración, en la soledad, en la lectura, el silencio, el recogimiento, el reposo y la contemplación, más es dejar á Dios para unirse á sí mismo y á su amor propio.

»Ved lo que agregó el Santo para estimular á esa superiora: «Á proporción que, ayudada de la virtud, de la santa obediencia, emprendierais muchas cosas para Dios, Él os favocerá con su ayuda y hará vuestra obra juntamente con vos, si vos queréis hacer la suya juntamente con Él. Pues si la suya es la santificación de las almas, trabajad humilde, simple y confiadamente en esto, y jamás sufriréis distracción alguna perjudicial. No es paz justa la que huye del trabajo necesario para la gloria de Dios.»

Por otra parte, hay dos medios de evitar ó siquiera disminuir las distracciones en la meditación: ponerse seriamente en presencia de Dios y usar algún libro. *El que se pone á orar sin preparación, es semejante al que tienta á Dios.* «No ignoro, dice San Francisco, que hay tiempos estériles en que por más preparación que se haga, será tan difícil sacar un pensamiento de la cabeza como una gota de agua de los peñascos; pero os suplico que no os aflijáis en esa situación. Proseguid trabajando con dulzura, con humildad y paciencia, y sin fatigar vuestro espíritu.

»Servíos de algún libro cuando os sintáis fatigados; leed un poquito y luego meditad sobre ello; volved á leer y meditad otros instantes, y proseguid así durante vuestra media hora.

»La madre Teresa así obró también en sus principios, y asegura que se encontraba muy bien. Y puesto que hablamos confidencialmente, os diré que cuando me he valido de ese método ha salido bien. Tened por regla que la gracia de la meditación no puede lograrse nunca por los esfuerzos del espíritu; pero sí es indispensable una perseverancia dulce, afectuosa y llena de humildad.»

A las distracciones siguen las tentaciones, nuevo y frecuente motivo de escrúpulos é inquietudes para las conciencias delicadas ó poco instruídas. Oigamos la obra citada:

«Me preguntáis por qué Dios permite que el

demonio nos aflija con tantas tentaciones, poniéndonos en grave peligro de ofenderlo y condenarnos. Os respondo con el Espíritu Santo que *la tentación engendra la paciencia, la paciencia la prueba, ésta la esperanza y la esperanza nunca es confundida* (*Rom.*, V, 5). *Dichoso es el que sufre la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman* (*Jac.* I, 12). *El que no es tentado, ¿qué sabe?* (*Eccli.*, XXIV, 11). *Porque eras acepto á Dios fué necesario que la tentación te probara* (*Tob.*, XII, 19).

»¿Sabéis lo que Dios hace en la tentación? Permite que el maligno autor de tales artefactos los proponga en venta, para que, con el desprecio que los vemos, podamos atestigar nuestro afecto á las cosas divinas.

»¿Y por esto, hija mía, nos habríamos de inquietar? ¿Cambiaremos siquiera de postura? De ningún modo. Es solamente el diablo, que anda alrededor de nosotros para que se le abra alguna puerta. Así obraba con Job, con San Antonio, con Santa Catalina de Sena, y con una infinidad de almas que conozco, y también con la mía, que nada vale y que no conozco gran cosa.

»¿Por todo esto habríamos de incomodarnos? ¡Ah! Dejad al demonio que continúe su obra; tened solamente todas las puertas cerradas, y al fin se cansará ó Dios lo alejará de vuestro lado.

Es buena señal tanto ruido y tanta tempestad en vuestra alma, porque eso indica que no habéis sucumbido.

»Nos turbamos y afligimos por no saber si la tentación está fuera ó dentro de nosotros.»

CAPÍTULO XXII.

NUEVOS ESCRÚPULOS SOBRE LAS TENTACIONES.

PERO me diréis:—¿En qué conoceremos esta diferencia?—Ved aquí la piedra de toque; observad si os agrada ó no la tentación; y puesto que los pecados no pueden dañar cuando desagradan, con más razón tampoco perjudicarán las tentaciones. Oid una sentencia del Santo sobre el asunto: «Notad que mientras la tentación nos desagrada nada hay que temer. ¿Por qué os había de desagradar sino porque no la queréis ó no queréis lo que os propone?

»*Pero si yo*, me diréis, *me detengo mucho en ella, ya por inadvertencia, ya por inacción al desecharla, ó bien por debilidad en combatirla, ¿no habrá en ello algún género de complacencia?*—El mal en las tentaciones no se mide por su duración; podrá perseguirnos y ejercitarnos toda nues-

tra vida; pero con tal que en todo tiempo nos desagrade, nunca podrá hacernos pecar. Por lo contrario, ese desagrado nuestro nos preserva y nos sirve de materia de virtud, y por consiguiente, de corona.

»*Pero temo*, replicáis, *que por algún tiempo me haya agradado.*—Pues ese mismo temor testifica que os fué desagradable; porque lo que se gusta no se teme; el mal es el que causa temor. Así, pues, si tuvisteis advertencia para ver la tentación como un mal, no pudo seros agradable.

»*Pero qué, ¿no es malo detenerse en ella?*—Si este entretenimiento precede al uso ó advertencia de la razón, no importa mucho, y para que la delectación que llamamos *morosa* sea pecado, es menester que haya algún género de consentimiento y malicia voluntaria.

»Cuando el tentador ve nuestra voluntad firme en la gracia; que huimos del pecado como de una serpiente, y que aun su sombra nos infunde espanto, se contenta con producir en nosotros inquietud, ya que no puede precipitarnos á la culpa. Por eso levanta un huracán de tentaciones que nos llena de polvo los ojos para afligirnos y hacernos menos agradable el camino de la virtud.

»Para combatir las tentaciones graves se necesitan armas y broqueles; pero hay muchas cotidianas que no se vencen sino con el desprecio.

A los lobos y á los tigres se les hace la guerra, pero sería ridículo ponerse en actitud de combate para luchar contra los mosquitos.»

A uno que se inquietaba y entristecía de verse asaltado por diversas tentaciones contra la fe, no obstante que le desagradaban hasta el extremo de atormentarle el corazón, le escribió nuestro bienaventurado padre de esta suerte: «Han vuelto vuestras tentaciones contra la fe y os atormentan aunque no les respondéis palabra. No les repliquéis, y quedará todo remediado. Pero vos pensáis mucho en eso; las teméis y receláis demasiado: si no fuese así, ningún mal os hicieran. Sois muy sensible á las tentaciones, amáis la fe y no quisierais que os viniese un solo pensamiento contrario á ella; y luego que os asalta alguno os turbáis y entristecéis.

»Sois demasiado celosa de esta pureza de fe, y os parece que cualquiera cosa la mancha. No, hija mía, no; dejad correr el viento, y no penséis que el manso susurro de las frondas es el estrépito de las armas.

»Poco hace que estaba yo junto á unas colmenas, y algunas abejas se me pusieron sobre la cara; queriendo apartarlas presto con la mano: «No, me »dijo un campesino, no las toquéis y de ningún »modo os picarán; tocándolas pueden haceros mal.» Lo creí, y en efecto, no me picaron. Creedme: no temáis las tentaciones, no las toquéis, y no os

ofenderán. Pasad á otra cosa y no os detengáis en ellas.»

Añadiré que con el menosprecio, más que con el combate, se adquiere presto el triunfo contra el tentador y contra las tentaciones, porque el combatir con alguno es señal de que se conoce su fuerza; pero desdeñarse de reñir con él es señal de que se le tiene por vencido y por indigno de nuestra cólera. El desprecio de las tentaciones es claro indicio de progreso en la virtud y de confianza filial en el Dios de las batallas. Por lo que toca al tentador, no hay cosa que más le ahuyente como el desprecio; no puede soportar el verse humillado.

CAPÍTULO XXIII.

UTILIDAD DE LAS TENTACIONES.

Como las tentaciones son grandes tormentos para las almas devotas, los maestros espirituales multiplican los consejos para calmar su inquietud y darles á conocer las ventajas de esos combates.

El que no es tentado ¿qué sabe? (*Eccli.*, XXXIV, 9), nos dice el Espíritu Santo. En efecto, el que no sufre tentaciones ignora la flaqueza de su con-

dición y la virtud de la gracia. *Bienaventurado el que sufre la tentación, porque siendo probado por ella, recibirá la corona de vida que Dios promete á los que le aman* (*Jac.*, I, 12).

Así como los perros no ladran á los de casa, sino á los extraños, así también el diablo no se empeña en atacar á los que por sí mismos buscan la tentación, porque los mira como suyos. Por eso cuando veamos que atormenta con sugestiones repetidas, hemos de juzgar que aquella alma no le pertenece; y cuanto más redobla sus esfuerzos, mayor señal es de virtud sólida; porque este enemigo no hace grandes esfuerzos sino contra las plazas más fuertes y que más le resisten.

«Si supiésemos hacer buen uso de las tentaciones, decía el Santo, en vez de rehusarlas, las provocaríamos, y casi, casi, estoy por decir que desearíamos tenerlas. Pero por cuanto es notoria nuestra flaqueza y cobardía, como consta por la experiencia de tantas caídas lamentables, tenemos mucha razón y es muy justo que digamos: *No nos dejes caer en tentación.*

»Piensan algunos que cuando se ven afligidos de pensamientos, de blasfemia é impiedad han perdido la gracia y aun la fe. Se engañan; mientras que tales pensamientos les molesten y desagraden, no pueden hacerles daño alguno; antes bien, estos vientos impetuosos sólo sirven para hacerles echar más profundas raíces en la fe. Esto mismo

se ha de entender acerca de las tentaciones contra la castidad y otras virtudes.

» Así como entre los perales no hay alguno que no sea injerto, así también entre los hombres, aun los más ancianos, no hay alguno que no sufra tentación. El ángel dijo á Tobías: *Porque eras agradable á Dios fué necesario que la tentación te probase.* (*Tob.*, XII, 13.)

»Esas tentaciones tan importunas vienen de la malicia del diablo; pero la pena y sufrimiento que nos ocasionan vienen de la misericordia de Dios, que, contra la voluntad de su enemigo, saca de su malicia la santa tribulación. Vuestras tentaciones son, pues, del diablo y del infierno; pero vuestras penas y aflicciones son de Dios y del paraíso. Las madres son de Babilonia, pero las hijas son de Jerusalén.»

En fin, notad bien lo que voy á repetiros: en tanto que la tentación os desagrade, no hay que temer. ¿Por qué os habría de desagradar si la quisieseis tener? No os turbéis. Dejad que el enemigo rabie en la puerta; que empuje, que solicite, que clame, que aúlle, y haga lo peor que pueda. Estemos seguros de que no puede entrar á nuestra alma sino por la puerta de nuestro consentimiento: guardémosla firmemente, cerciorémonos con frecuencia de que está bien cerrada, y no nos inquietemos, porque no hay que temer.

CAPÍTULO XXIV.

ESCRÚPULOS SOBRE LOS PECADOS É IMPERFECCIONES.

TODO *contribuye al bien en aquellos que aman á Dios* (*Rom.*, VIII, 28), dice San Pablo. Sí; todo, aun el pecado. Dios es tan bueno, que nunca permitiría el mal si, por un secreto admirable, reservado á su sabiduría soberana, no pudiese cambiarlo en bien. Dios, en efecto, hace que sobreabunde la gracia donde abundaba el pecado. Ejemplos de ello son David, Manassés, San Pedro, San Pablo, la Magdalena, San Agustín, Santa María Egipciaca, etc.

« Puesto que Dios, dice San Francisco de Sales, puede sacar bien del mal, ¿para quién ha de hacer esto sino en provecho de los que se han dado á Él? Sí, aun los pecados que nos prohibe contribuyen al bien de los que le aman. David jamás habría sido tan humilde si no hubiese pecado; ni la Magdalena tan amorosa con su Salvador si no la hubiesen perdonado tantas culpas, y claro está que jamás se le habrían perdonado si no las hubiese cometido. Dios, pues, en su misericordia,

convierte nuestras miserias en gracias, y en bebida saludable el veneno de nuestras iniquidades.

»Aunque no veáis el camino por donde debe llegar este bien, estad seguros de que llegará. Si Dios cubre vuestros ojos con un velo de ignominia, es para restituiros la vista y presentaros después un espectáculo de honor; si permite que caigáis, es para elevaros, como al Apóstol, al tercer cielo.»

Las almas buenas confunden ordinariamente el pecado venial con la imperfección. Ved aquí la piedra de toque para distinguirlos.

«Nuestro bienaventurado padre, dice *El Espíritu*, enseñaba que el pecado venial procede siempre de la voluntad, pues sin el consentimiento de ésta no hay pecado. Y según que el consentimiento se aplique ó se dé á una materia grave ó levemente pecaminosa, el pecado será mortal ó venial.

»Pero la imperfección es propiamente un movimiento defectuoso que se anticipa al consentimiento pleno de la voluntad. El reir descompasada é inmoderadamente, con gusto deliberado, sin parar mucho la atención en el mal ejemplo que se da á los circunstantes, es falta venial; pero el ser asaltado por la pasión de la risa y romper en ella indeliberadamente, no es más que una imperfección. Manifestar deliberadamente la aversión por alguno es un pecado venial; pero si eso es

pronto y repentino como un relámpago, que no bien se ve cuando desaparece, no es más que una imperfección.

»Hay que notar que las imperfecciones no son suficiente materia para la absolución; pero sí pueden serlo los pecados veniales, aunque no sean materia necesaria.

»Las moscas y las pulgas en el verano son extremadamente importunas, pero no crueles; ejercitan nuestra moderación, pero no nuestra paciencia, por ser tan corto mal la picadura de esos ruines animalillos.

»Hay almas cuyas conciencias tienen una piel tan tierna y delicada, que la más pequeña imperfección las amohina, y á veces se enfadan por haberse enfadado y se indignan de haberse indignado; y en tanto exceso, que esta segunda displicencia suele ser mayor y más molesta que la primera. Todo esto proviene del amor propio, tanto más difícil de curar cuanto es más secreto y disimulado. El mal que se conoce se puede considerar como vencido.

»Tienen esas almas tal opinión de sí mismas, y se consideran con tal perfección que, cuando creen haber faltado á ella, al punto llegan á una desolación profundísima.

»Quería nuestro Bienaventurado Padre que de la misma tierra se fabrique el foso, y de las propias brechas el baluarte; es decir, que se saque

provecho de las imperfecciones mismas, haciéndolas servir de cimiento para el edificio de nuestra animosa humildad, y aun para haceros esperar contra toda esperanza.

» A uno que se inquietaba por sus imperfecciones le escribió: «Bien quisiéramos estar sin imper»fecciones; pero es preciso conformarnos con perte»necer á la naturaleza humana y no á la angélica.» Nuestras imperfecciones no deben desagradarnos, porque hemos de decir con el Apóstol: *¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?*

» Debemos sacar de ellas sumisión y humildad y sobre todo desconfianza de nosotros mismos; pero nunca desaliento, ni mucho menos duda de que Dios nos ame. En verdad Dios detesta nuestras imperfecciones y pecados veniales; pero nos ama tiernamente á pesar de todo ello, así como las madres, por más desagradadas que estén con las enfermedades de sus hijos, no sólo aman á éstos, sino que les muestran mayor ternura y compasión cariñosa. De suerte que David pudo exclamar con justicia : *¡Señor, ten misericordia de mí porque estoy enfermo!* Cuando el conocimiento de nuestras imperfecciones nos humilla, ganamos mucho; y el progreso que hacemos en la humildad repara con creces el daño que produjeron esas imperfecciones.»

CAPÍTULO XXV.

NO INQUIETARSE POR LAS IMPERFECCIONES Y PECADOS.

Si por virtuosos que seamos no podemos estar sin pecados veniales en esta vida, mucho menos sin las imperfecciones que preceden á la deliberación y á la determinación de nuestra voluntad. Aunque tengamos la gracia, no estamos confirmados en ella y podemos caer. No es tan puro el oro que tenemos para que carezca de liga.

Algunos, demasiado celosos de la perfección, se turban desmedidamente cuando caen en alguna ó en pecados veniales, y se enojan contra sí mismos, apocándose y desalentándose porque no pueden llegar á la cumbre de perfección imaginaria que ambicionan.

Pero todo ello no tanto procede del odio que tengan al pecado venial y á la imperfección porque desagraden á Dios, sino porque les desagrada á ellos mismos. Así dan á conocer un secreto y sutil amor propio, del que nacen, como de mala, aunque secreta raíz, esas agitaciones. Por el con-

trario, los que están más avanzados y firmes en el amor divino, lejos de inquietarse por sus caídas, sacan ventajas de su pérdida, humillándose más y más.

La humildad hace que no nos inquieten nuestras imperfecciones, acordándonos de las ajenas, porque nos decimos: ¿por qué habíamos de ser más perfectos que los otros? Y por el mismo principio no nos turban las ajenas, pues si tenemos imperfecciones, ¿por qué no las habían de tener los otros?

La humildad nos hace dulces con todos; con los perfectos, por reverencia; con los imperfectos, por compasión. La humildad nos hace recibir las penas con dulzura, sabiendo que las merecemos; los bienes con reverente confusión, porque no los merecemos.

No inquietarse después de las faltas cometidas es punto esencial de la vida cristiana, sobre el que insisten los maestros de espíritu. ¿Qué significa ese turbarnos y entristecernos después de cualquiera imperfección ó pecado? Sin duda todo proviene de que creíamos tener algo bueno, algo firme y sólido. Por consiguiente, cuando llegamos á conocer nuestra nada, la inquietud se apodera de nosotros. Pero si nos conociésemos un poco, no nos admiraríamos de estar en tierra, sino de haber permanecido en pie por algún tiempo.

San Felipe Neri, cuando caía en alguna falta,

exclamaba: «Señor, ved aquí todo lo que puedo hacer; os doy las gracias porque me habéis ayudado; de otro modo hubiera hecho una cosa peor.»

Os quejáis de que se mezclan en vuestras vida muchas imperfecciones y defectos, contra el deseo que tenéis de perfeccionaros y progresar en el amor divino.—Respondo que mientras estemos en este mundo es imposible desprendernos absolutamente de nosotros mismos. Es preciso soportarnos hasta que Dios nos lleve al cielo.

Es, pues, necesaria la paciencia, y no pensar en curarnos en un solo día de las malas costumbres contraídas por el poco cuidado que habíamos tenido de nuestra alma.

Ni el pecado venial ni la afección á él son contra la resolución esencial de la caridad, que es preferir á Dios sobre todas las cosas; por ese pecado amamos algo fuera de la razón; nos inclinamos á la criatura más de lo conveniente, pero no la preferimos al Creador; nos adherimos á las cosas terrestres, pero no abandonamos por ellas las celestiales.

En suma, esta especie de pecado *nos detiene* en el camino de la caridad, pero no *nos aparta* de él; no siendo contrario á esa virtud, *jamás la destruye, ni en todo ni en parte.*

Sin embargo, es pecado, y desagrada á la caridad, no como cosa que le sea contraria, sino como contrario á sus progresos y á su intención,

la cual consiste en que relacionamos con Dios todas nuestras acciones y ese pecado hace que sean fuera de Dios, pero no contra Él.

No obstante, cuando se tiene demasiada afección al pecado venial, nos expone á la pérdida de la caridad, por el peligro en que estamos de cometer culpa grave. Pero no os inquietéis de no recordar todas las faltas menudas en la confesión. Id humilde y francamente á declarar lo que hubieseis recordado, y para lo restante, arrojáos amorosamente en los brazos misericordiosos que levantan con dulce prontitud á los que caen sin malicia, para que no se desalienten, ni se aperciban siquiera de que han caído.

Los que se inquietan y turban por los pecados veniales, y no se contentan hasta que reciben la absolución, pueden compararse á los que son tan nimios en curar sus enfermedades, que concluyen por minar su salud á fuerza de medicamentos.

El mejor medio para borrar los pecados veniales es ciertamente la absolución sacramental; pero así como disminuiría presto la salud del que quisiese alimentarse sólo con viandas delicadas y exquisitas, así también el que, para la remisión de cada pecado venial que le viene á la memoria, se acerca todos los días al confesor, será no solamente importuno, sino escrupuloso.

No hay que inquietarse por algunos pecados

veniales, efecto más de la flaqueza que de la malicia de nuestro corazón. No hemos de poder vivir sin cometer siempre algunos, porque sólo la Santísima Virgen María gozó de ese privilegio. Nos detienen en verdad un poco en nuestro camino, pero sin apartarnos de él, y *una sola mirada de Dios basta para desvanecerlos.* Si con sólo mirar la serpiente de bronce sanaban los israelitas de la mordedura de las serpientes, ¿cuánto mejor quedaremos curados de las mordeduras leves de la serpiente infernal con sólo ver á Jesucristo clavado en la cruz? ¡Oh, cuán bueno es el Dios de Israel para aquellos que tienen su corazón recto!

CAPÍTULO XXVI.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

CUANDO nos acontece caer por el repentino arrebato del amor propio ó de otras pasiones, humillemos nuestro corazón, lo más pronto que podamos, delante de Jesucristo, y digámosle con respeto y confianza: «Señor, misericordia, porque soy enfermo.» Levantémonos después con paz y tranquilidad, y

continuemos el trabajo. No es preciso romper la cuerda ó abandonar el laud cuando se percibe un mal sonido; basta registrarlo para saber dónde se encuentra el defecto, y estirar ó aflojar dulcemente la cuerda, según lo requiere el arte.

El primer medio para conservar la paz en las familias y con el prójimo es el apoyo mutuo; el segundo es el apoyo mutuo, y el tercero es el apoyo mutuo. *Llevad mutuamente vuestras cargas*, dice San Pablo, *y así es como cumpliréis la ley de Nuestro Señor Jesucristo*. La paciencia con nosotros mismos no es menos necesaria que con los otros.

La caridad, que es paciente y benigna, nos obliga á corregir los defectos del prójimo con espíritu de dulzura y suavidad; y del propio modo nos hemos de corregir á nosotros mismos, según San Francisco de Sales, que no permitía que después de las caídas se levantasen sus hijos reprendiéndose con dureza y asperidad.

Pero, se dirá, ¿es bueno lisonjearnos y mimarnos al contemplar que nuestras llagas interiores se agravan por nuestra indiferencia?—¿Y quién nos ha dicho que para corregir al prójimo es necesario lisonjearlo y mimarlo? ¿No sería éste el oleo del pecador, con el cual no quería el Salmista que se le ungiese la cabeza? ¿No sería laudable imitar al buen Samaritano que derramó el oleo dulce y el vino amargo en la llaga del en-

fermo, mezclando la dulzura de las palabras con lo amargo de la reprensión?

Reprender al prójimo injuriándole y amenazándole, no es corregirlo, sino irritarlo y provocarlo para peores cosas. Es poner hiel en su alimento y vinagre en su bebida.

Y si debemos sazonar de esa suerte las reprensiones al prójimo, poniendo en ellas más aceite que vinagre, ¿por qué habíamos de ser menos misericordiosos con nosotros mismos, puesto que ninguno tiene odio á su propia carne? Y si debemos hacer con los otros lo que queramos que hagan con nosotros mismos, ¿por qué no haremos con nosotros mismos lo que la recta razón nos dicta hacer con los otros?

Tenéis, pues, una excelente lección, y cuando os acontezca caer en defectos, examinad si estáis firme en la resolución de servir á Dios, y veréis cómo estáis resuelto á sufrir mil muertes antes que ofenderlo. Preguntad á vuestro corazón por qué está tan decaído, y os responderá: «Me siento sorprendido, y no sé cómo; me siento fastidiado, y no sé por qué.» ¡Ah! perdonadlo, porque no es infiel, sino débil. Es bueno corregirlo, pero tranquila y suavemente, sin turbarlo ni entristecerlo.

Corazón mío, amigo mío, debemos decirle, levántate en nombre de Dios; llénate de aliento y valor; caminemos, guardémonos, y confiando en Él, lograremos la victoria.

Tampoco el Santo quería que se exageren las faltas, no por complacencia con ellas, sino para evitar el desaliento que podría sobrevenir por la desmedida humillación. Es preciso ser justo y tomar el término medio: humillarse sin desanimarse, y animarse sin perder la humildad.

No debemos admirarnos ni entristecernos al ver nuestras imperfecciones, porque sin duda así hemos de estar toda la vida. Pero hay un remedio: humillarnos; y así repararemos con creces nuestras pérdidas, como se dijo antes.

Haced como los niños: mientras que van de la mano con la madre, caminan confiada y valerosamente, sin temer caídas. Pensad, pues, que camináis de la mano con Dios, que os da la resolución firme de no ofenderlo, y andad siempre confiada y valerosamente, sin temer esas pequeñas faltas y recordando que á veces reposáis dulcemente sobre el corazón de Jesús, dándole el ósculo de la caridad. Andad, pues, siempre gozoso, y si no podéis, al menos con ánimo y fidelidad.

CAPÍTULO XXVII.

PEQUEÑAS VIRTUDES.

Leyendo en la vida de los Santos las heroicas virtudes que practicaban, sentimos el desaliento y hasta llegamos á decirnos: «Jamás seré santo.» Escrúpulo, error del demonio. «En la vida de los Santos, dice San Bernardo, hay virtudes que debemos admirar, sin que estemos obligados á practicarlas, y hay virtudes que podemos y debemos practicar.»

Fuera de las grandes virtudes de que son ejemplo, practicaban otras muchas, pequeñas en apariencia, pero no menos meritorias. Todos han sido humildes, dulces, pacientes, celosos, caritativos, mortificados. Todo esto se encuentra á nuestro alcance. Estas virtudes, fielmente practicadas, bastarían para que fuésemos grandes santos. Dios no atiende á la cantidad, sino á la cualidad. Testigos de ello son el vaso de agua fría, el óbolo de la viuda, declarados en el Evangelio como merecedores de recompensa eterna.

Es preciso no olvidarlo: lo que merece el premio de las virtudes no es el acto mismo, sino la

pureza de intención, el amor de Dios; en una palabra, la caridad que anima. Oigamos á San Pablo:

«Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles y no tuviese caridad, sería como un metal que suena ó un címbalo que retiñe. Si tuviera el don de profecía; si penetrara todos los misterios y todas las ciencias, y si tuviera toda la fe posible, de tal suerte que me fuese dado trasportar las montañas, sin la caridad nada sería yo.

»Y aunque repartiese mi riqueza entre los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, sin la caridad nada valdría todo esto.» (II *Cor.*, XIII, 1, 3.)

Tengamos, pues, un gran deseo de agradar á Dios en todas nuestras obras, y estemos tranquilos aunque no podamos practicar lo que se llama grandes virtudes. Las ocasiones para ejercitarlas no se presentan á menudo, mientras que todos los días y á cada momento nos es dable hacer actos de las menores. Por eso las recomienda San Francisco, y, además, por dos razones muy notables.

Primera, porque la atención y fidelidad en ejercerlas acumulan tesoros de riquezas espirituales por razón de la frecuencia de circunstancias propicias. La segunda, porque son menos expuestas al viento de la vanidad, que daña al fruto de las buenas obras.

«Caminemos cerca de las costas, dice el Santo, porque la alta mar nos trastorna la cabeza, produciéndonos convulsiones. Estemos como la Magdalena, á los pies de Jesús; practiquemos pequeñas virtudes, acomodadas á nuestra pequeñez. *Á pequeño pajarillo, pequeño nido.*»

Éstas consisten más en bajar que en elevarse, y son, por lo tanto, propias de nuestra bajeza y debilidad. Tales son la paciencia, la dulzura, afabilidad y tolerancia con los prójimos, los servicios que les hagamos, etc.

Aunque comunes y bajas en apariencia, esas virtudes pueden elevarse hasta un grado heroico, si las practicamos con verdadera caridad. Nada de lo que se hace con grande amor á Dios es pequeño, y á los ojos de Dios no es grande nada de lo que hacemos con poco amor. Estimemos, pues, las cosas en su justo precio.

CAPÍTULO XXVIII.

SEGURIDAD DE LA GRACIA.—SIGNO DE GRACIA HABITUAL.

La práctica habitual de estas virtudes pequeñas, compatibles con nuestra posición, basta para que nos aseguremos de estar bien con Dios. Pero hay algunos que no lo entienden así. Para estar ciertos de que están en gracia necesitan, ó una virtud brillante, ó una especie de revelación de la que puedan inferirlo. De otra manera, su inquietud es continua, y destruye toda energía para el bien, disipa el gozo del corazón y es tormento en vida y terror en la muerte.

La tentación de las tentaciones es, según mi juicio, dice el *Espíritu de San Francisco de Sales*, y la que molesta á muchos devotos, es la de saber si están en gracia; y saberlo con una certeza más que moral y de simple conjetura, que es con la que Dios quiere que nos contentemos.

Sin certidumbre, revolotean esas almas como mariposas alrededor de la llama, y muchas queman así sus alitas. *El que escudriña la majestad*

será oprimido por la gloria (*Prov.*, XXV, 27), nos dice el Espíritu Santo, y quien quisiere sondear los secretos de Dios caerá en laberintos, sin salida.

Hallábase una pobre alma ni más ni menos como se ve una abeja en la tela de una araña, esto es, temerosa en demasía y acometida por doquiera de la desconfianza y de la angustia: nuestro Padre le dió un consuelo tan colmado de unción, que me parece un bálsamo precioso para semejantes llagas. Eso de examinar, le dijo, si vuestro corazón es agradable á Jesucristo, no conviene; pero sí es muy necesario que examinéis si á vos agrada el suyo. Si miráis bien su Corazón, es imposible que no os agrade, siendo, como es, dulcísimo, suavísimo, condescendiente y amantísimo de cuitadas criaturas, siempre que éstas reconocen su nada; afabilísimo con los miserables y óptimo con los penitentes. ¿Y quién no amará este Corazón verdaderamente de rey, de padre y de madre para con nosotros?

Uno de los mejores signos para conocer si somos agradables á Dios, es cuando Dios nos agrada. Si nos acercamos á un espejo, éste refleja la expresión triste ó alegre de nuestro rostro. Dios también ama á los que le aman, honra á los que le honran y muestra agrado á los que se lo muestran. ¿Deseáis saber cómo estáis ante él? Mirad de qué manera está Él ante vosotros.

Una de las mayores angustias y perplejidades que puede sufrir un alma amante de Dios, es ignorar si verdaderamente le ama y está en gracia con Él. Para saberlo, nuestro Bienaventurado Padre tenía costumbre de indicar dos medios:

El primero y más cierto consiste en visitar con las luces de un examen detenido la Jerusalén de nuestra alma, para ver si en su fondo reside la firmísima é invariable resolución de no ofender jamás mortalménte á Dios *con propósito deliberado.*

El segundo en investigar si tenemos un firme y constante deseo de amar á Dios. Al decir constante y firme, el Santo entendía un deseo eficaz, no esas voluntades imperfectas que en la escuela se llaman *veleidades*, y son como esos débiles vapores que se elevan por las mañanas de los lugares pantanosos para disiparse presto. Estos deseos de desear, estos *quereres* de querer, son fantasmas de deseos y abortos de voluntad.

Cuando hablaba de deseos, se refería á las afecciones que verdaderamente nacen de la voluntad; y decía que los que desean amar á Dios, en realidad le aman.

El que desea, por tanto, amar á Dios, no sólo tiene el principio del amor, sino el amor mismo, puesto que *el deseo es hijo del amor*, así como ambos son hijos de la voluntad. Si este deseo precediese al amor, sería como una planta que diese el fruto antes que la flor.»

Estas doctrinas de San Francisco de Sales son de gran consuelo para muchos espíritus atribulados, que deberían acordarse de ellas en los momentos de angustia.

CAPÍTULO XXIX.

PUREZA DEL AMOR Á DIOS.

DESPUÉS de tranquilizar á las almas devotas sobre su estado delante de Dios, conviene darles á conocer en qué consiste el verdadero amor que hemos de ofrecerle. Este conocimiento es necesario para preservarlas de ciertas ilusiones, contra las que importa tenerlas prevenidas.

Para ser dignos de Dios, nuestro amor no ha de ser *mercenario* ni *servil*, sino de *complacencia* y *benevolencia*.

El amor mercenario dice: «No serviría yo á Dios, si no esperase el premio eterno.»

El amor servil dice: «No serviría yo á Dios si no temiese el infierno.» Formulados así, ambos amores son un verdadero desorden, pues nos hacen preferir nuestro interés á la voluntad de Dios.

El amor de complacencia cree todas las verdades reveladas por Dios, sólo porque Él quiere que las creamos; se alegra de la hermosura y perfección de Dios, porque Él se deleita en ellas, y en ellas constituye su felicidad; y del mismo modo, ese amor pone el último fin de su complacencia en el interés de Dios y nunca en el propio.

En suma, dice nuestro Bienaventurado Padre, el alma que se ejercita en el amor de complacencia, grita perfectamente desde su silencio: «Me basta que Dios sea Dios, que su perfección sea infinita y su bondad inmensa; poco importan para mí la vida y la muerte, pues que mi bien, mi amado, vive eternamente con una vida gloriosa.» Ni la muerte misma puede, en verdad, entristecer al corazón así enamorado; le basta saber que aquel á quien ama más que á sí mismo está colmado de bienes eternos. El que de veras ama, vive más bien en el amado que le anima; no vive en sí, sino que el amado es el que vive en él.

Pasemos al amor de benevolencia. Para comprenderlo es menester distinguir en Dios dos suertes de bienes: el uno interior y el otro exterior. El primero es Dios mismo, porque en Él la bondad, así como los otros atributos, no se distinguen de su esencia. Y siendo infinito, no puede sufrir menoscabo por nuestros vicios, ni recibir aumento alguno por nuestras virtudes; y

en este sentido dice el Salmista que *no necesita Él de nuestros bienes.* (Ps. xv, 2.)

Pero hay en Él otra especie de bien que es exterior, y que, por más que le pertenezca, no está en Él, sino en sus criaturas, así como las riquezas del rey están en manos de sus tesoreros y oficiales. Este bien exterior está constituído por los hombres, por los actos de obediencia, los servicios y homenajes que le deben y le rinden sus criaturas, las cuales están destinadas á su gloria como último fin.

Este bien es el que podemos, con la gracia, querer y dar á Dios, pudiendo de esta suerte aumentar su gloria exterior, la que asimismo podemos disminuir con nuestros pecados.

Podemos desear á Dios este mismo bien con deseos imaginativos, tales como el que se atribuye á San Agustín, y que nuestro Bienaventurado Padre formula en los siguientes términos: «Señor, bien sé que sois Dios y yo soy Agustín; pero si alguna vez, realizándose un imposible, vos fueseis Agustín y yo fuera Dios, querría cambiar con vos, y ser Agustín para que vos fueseis Dios.»

Lo que sigue nos dará, dice el autor de *El Espíritu*, una idea clara del amor verdadero. Me era conocido, tanto por las enseñanzas de nuestro Bienaventurado Padre, como por las reflexiones sobre sus propósitos y sus actos, lo que tuve la

dicha de saber posteriormente por sus biógrafos y por un virtuosísimo eclesiástico que fué confesor ordinario de San Francisco: que ninguna de sus acciones era por evitar el infierno ni por adquirir el paraíso, sino única y simplemente por amor á Dios, temiéndole porque le amaba y amándole porque Él lo merece, sin consideración alguna mercenaria ó servil.

Sobre este asunto le oí referir con mucho agrado el ejemplo de una mujer amantísima de Jesús, la cual decía que quisiera poder apagar el infierno é incendiar el paraíso para que Dios fuese amado y servido en adelante por sí mismo, no por temor á las penas ni por esperanza del premio: esta esperanza y este temor son buenos, ciertamente, pero con tal de que no se ponga en ellos, voluntaria y deliberadamente, el fin último de las acciones, no absteniéndose del pecado sino sólo por temor á la pena, y prefiriendo la merced á quien la da. Este desorden es sin duda un gran pecado.

El Santo trabajaba mucho con sus hijos para arrancarles del corazón las intenciones siniestras y menos puras, enseñándoles á encaminar todas las acciones con derechura á Dios, y refiriéndolas únicamente á su gloria.

El temor de que esta importante doctrina produzca escrúpulos en las almas tímidas nos obliga á transcribir las siguientes explicaciones, tomadas de *El Espíritu:*

«Los motivos mercenarios ó servirles, aun interesados, no dejan de ser buenos en los pecadores para disponerlos á la gracia santificante, y en los justos, que se abstienen de pecar principalmente porque desagradan á Dios, y *después*, por no condenarse. No es malo, como dice el Concilio de Trento, hacer el bien *primeramente* para glorificar á Dios, y también, *como cosa accesoria*, para lograr la bienaventuranza eterna, que Dios ha prometido á los que en su amor y por su amor ejecutan actos de virtud. En los momentos de gran tentación, los más justos pueden servirse del temor servil y mercenario.»

CAPÍTULO XXX.

SEÑAL DE PROGRESO EN LA PERFECCIÓN.

DESPUÉS de explicar claramente los motivos por los que se debe servir á Dios, nuestros Doctores procuran disipar la inquietud, muy frecuente entre los timoratos, sobre si avanzan ó retroceden en el camino de la salud.

Lo hemos dicho: una de las más terribles ten-

taciones que asaltan á los que desean la perfección, es el saber, con la mayor certidumbre posible, si están en gracia. Cuando llegan á tranquilizarse sobre este punto, el demonio levanta toda una tempestad en esos espíritus, y les acometen vivos deseos de conocer exactamente la altura en que se encuentran en la montaña de la perfección. Cuando esta curiosidad excede los límites de la templanza, el mal espíritu se aprovecha, porque surgen de allí pensamientos de *vanidad* si se advierte adelanto, ó de mucho *desaliento*, si se nota alguna relajación.

Á nuestro Bienaventurado Padre no agradadaban los espíritus cavilosos, y decía que debemos caminar con orden y circunspección, ó, como ordinariamente se dice, brida en mano. Y entre los mejores signos de progreso en la vida espiritual señalaba el de *amar la corrección ó la reprensión*; porque así como es señal de buen estómago digerir fácilmente las viandas duras y groseras, así también es señal de salud y vigor espirituales el que podamos decir, como el Salmista: *El justo me corregirá en misericordia, mas el oleo del pecador no engrasará mi cabeza* (Ps. XL, 5).

Cuando nos agradan las advertencias y consejos que nos hacen pensar en nuestro proceder, encaminándonos á la observancia de la ley divina, tenemos un gran testimonio de que detestamos el vicio y de que nuestras faltas proceden más

bien de sorpresa, inadvertencia y fragilidad, que de malicia y propósito deliberado. Es parte de la salud el deseo de estar sano. El que ama la corrección ama necesariamente la virtud contraria al vicio que se le reprende. Mejores son las heridas de un amigo que los falaces ósculos del adulador.

CAPÍTULO XXXI.

CONSUELO Á LOS PENITENTES.

OTRA de las señales de adelanto en la perfección es la solicitud cada día más cuidadosa en la recepción de los sacramentos, principalmente en la penitencia. Pero el demonio nada omite para alejarnos de ellos ó para que los recibamos con indiferencia y por rutina. Para muchísimos la confesión es un espanto. La vergüenza de manifestar sus faltas, el temor de perder la estima del propio confesor y otros pretextos igualmente vanos, los retienen lejos de la piscina saludable en la que con la paz recobrarían la vida. Pobres almas, escuchad y tranquilizáos:

«Cierto sujeto, conocido de San Francisco de Sales, resolvió hacer con éste una confesión gene-

ral, venciendo la extrema repugnacia que le detenía. Logrólo al fin, y lo hizo refiriendo un crecido número de pecados de la juventud. Muy satisfecho el Santo por la buena disposición del penitente, no se detuvo en expresarle su contento y alegría.

»—Eso hacéis para consolarme, manifestó el penitente; pero ¿será posible que en realidad estiméis á tan gran pecador?—Sería yo verdadero fariseo, replicó el Santo, si después de recibida la absolución de vuestras faltas os mirase como pecador; á mis ojos estáis más blanco que la nieve y tan limpio como Laamán saliendo del Jordán. Fuera de esto, ahora debo amaros doblemente; os considero como hijo que acabo de engendrar en Jesucristo.

»En cuanto á la estimación, sabed que se redobla á proporción del amor que os tengo; pues de vaso de ignominia que erais, os veo ya convertido en vaso de honor y santificación por la mudanza que ha hecho el Altísimo. No porque San Pedro pecó mudó Jesucristo la voluntad que tenía de constituirlo jefe de la Iglesia; atendió más á sus lágrimas que á su caída, más á su penitencia que á su pecado.

»Además, sería yo tan insensible como una piedra si no participase del gozo con que los ángeles del cielo celebran vuestra conversión. Tened por cierto que las lágrimas que he visto en vuestros ojos han causado en mi corazón el mismo efecto

que el agua de los herreros en el fuego de sus fraguas, que lejos de apagarse se aviva más y más: ¿cómo no amar vuestro corazón si está amando actualmente á Dios con todas sus fuerzas?»

Salió aquel hombre del tribunal de la penitencia tan satisfecho que, según dijo después, en nada tenía mayor complacencia que en confesarse. Su continuo clamor era el Rey Profeta: *Lávame todavía más*; y llamaba á nuestro Bienaventurado Padre *el ángel de la piscina probática.*

Otro gran pecador, levantándose del tribunal de la penitencia, decía:—¡Dios mío, me habéis engañado! Sólo el pensamiento de confesarme producía en mí temor y angustia indecibles; pero después de confesar mis faltas, siento una dulzura inefable que no puedo explicar, pero que no olvidaré en mi vida.

La razón de este consuelo se adivina sin trabajo. El pez que vuelve al agua se encuentra bien; del mismo modo, el hombre que vuelve á su elemento, es decir, á sus verdaderas relaciones con Dios por la gracia santificante, experimenta un bienestar mayor que todo goce humano. La justicia y la paz se dan entonces un ósculo; la verdad nace desprendida de los cielos, y el orden quebrantado se restablece.

La Escritura Santa atestigua que la acusación sincera y dolorosa de los pecados es agradable á Dios. Mas como el remedio parece amargo á quie-

nes pareció dulce el vicio, no es pequeño estímulo para animarles el decirles que esta declaración glorifica á Dios, así como nuestras culpas lo deshonran.

San Francisco no hablaba mucho de la fealdad y horror del pecado á los que veía inclinados á la penitencia. Y en efecto, aunque la infamia y vileza del pecado, así como los males que ocasiona en esta y en la otra vida, son buenos motivos para reducir á los obstinados al arrepentimiento, si no se pasa de aquí, sólo se logrará producir en ellos esa contrición imperfecta é interesada que llamamos *atrición*.

Pero considerar la gloria, el amor, el honor é interés de Dios, excita á la verdadera contrición amorosa que borra el pecado aun sin la confesión efectiva, con tal que se tenga deseo de ella. Escúchense las propias palabras de nuestro Bienaventurado Padre.

Cuando nos pica el escorpión es venenoso; pero su aceite es gran medicina contra su propia picadura. *El pecado no es vergonzoso sino cuando le cometemos;* pero convertido en confesión y penitencia, es honroso y saludable.

»La contrición y confesión son tan bellas y de tan buen olor, que quitan la fealdad y disipan la hediondez del pecado. Simón el leproso decía que la Magdalena era pecadora; pero Jesucristo sólo habló de los perfumes que había derramado á sus

pies y de su grande caridad. Si somos en realidad humildes, nuestro pecado nos desagradará infinitamente porque es ofensa de Dios; pero la acusación de nuestras faltas será para nosotros dulce y agradable porque Dios es honrado en ella.»

¡Oh! ¡Cuánto más eficaces y poderosos son los rayos del sol para despojar al hombre, que el soplo arrebatado del cierzo! Aléjate, aquilón, y ven tú, viento caluroso del Mediodía, y sopla sobre el jardín de nuestras almas, y se desvanecerá toda fetidez, y nuestros perfumes se elevarán á Jesucristo en olor de suavidad.

CAPÍTULO XXXII.

ESCRÚPULOS SOBRE LA VOCACIÓN.

No agradaba á San Francisco de Sales ese largo entretenimiento de algunos en investigar su vocación, ni ese profundizar, antes ó después de abrazarla, sobre si hubo un verdadero llamamiento de Dios, y decía que sin revelación especial es dificilísimo conocerlo. Pues si respecto del estado de gracia, que es necesario para salvarse, no hay certidumbre de fe sobre si somos ó no dignos de amor ó de odio,

mucho menos sobre el hecho de que Dios nos llame á determinada cosa.

¡Cuántas excelentes vocaciones como la de Saúl han tenido siniestro desenlace, y cuántas otras, forzadas y violentas, como la de Simón Cirineo, han terminado con éxito feliz!

Hay, decía nuestro Padre, quienes se rompen la cabeza y se alambican el cerebro á fuerza de meditar y consultar sobre el género de vida que deben seguir, sea el celibato, el matrimonio, la clausura ó tal ó cual estado en el siglo. Toda barquilla es buena para hacer el camino de esta vida mortal á la eterna; lo que importa es corresponder á la gracia y á la providencia de Dios, rogándole que en cualquier estado que abracemos nos tenga de su mano y nos conduzca según su voluntad, porque este es el verdadero camino de la gloria.

Su consejo más frecuente era que cada uno permaneciese en su vocación y se complaciese en ella por amor á Jesucristo. «Porque, decía, gozarse en la propia condición es una especie de paraíso, y estar descontento por ella es un pequeño infierno. Desear lo que Dios quiere que seamos es la suprema felicidad en este mundo.»

Á un casado que deseaba cambiar de posición, so pretexto de practicar más especialmente ciertas virtudes, le escribió lo siguiente: «No améis nada en demasía, ni las virtudes mismas, las cua-

les se pierden á veces cuando se desea ir más allá. Ignoro si me entendéis, pero pienso en vuestros ardores y deseos, y atiendo á lo que me decís. Me parece que no es propio de las rosas el ser blancas; las rojas son las bellas y huelen más; sin embargo, la blancura es propia del lirio.»

Seamos lo que somos y seámoslo bien. Fué burlado un pintor que, deseando pintar un caballo, hizo irreprochablemente un toro. La obra fué bella en sí, pero nada honrosa para el artífice, que tenía otra idea, y si logró buen éxito fué sólo por casualidad.

Seamos lo que Dios quiere, como seamos piadosos y no seamos lo que queremos contra su intención; porque si fuéramos las más excelentes criaturas de Dios, ¿qué nos aprovecharía eso si no fuesemos conforme á su voluntad?

CAPÍTULO XXXIII.

CONSUELO Á LOS ENFERMOS Y Á LOS QUE LOS ASISTEN.

TODAS las cosas tienen su tiempo; el de sufrir se distingue del que destinamos á la oración. Ni la primavera ni el invierno son ocasiones propicias para buscar fruto en los árboles. Cada cosa tiene su estación,

Se necesitaría carne de bronce para obrar sufriendo y sufrir obrando. Cuando Dios nos llama á los sufrimientos nos descarga de la acción.

Hay enfermos que, viéndose tendidos sobre su lecho, no se lamentan tanto de sus dolores cuanto de su impotencia para servir á Jesucristo como en los días de su salud. Grandemente se engañan, puesto que en una hora de sufrimiento por amor y sumisión á la voluntad de Dios pueden darle más gloria que en muchos días de trabajo hecho con menos amor.

Pero deseamos servir á Dios según nuestro modo, no según el suyo; según nuestra voluntad, y no según la suya. Sólo amamos su voluntad cuando es conforme con la nuestra, cuando debíamos amar la nuestra sólo cuando es conforme con la suya. Cuando quiere que estemos enfermos, queremos estar sanos; cuando desea que le sirvamos por el sufrimiento, deseamos servirle por la acción.

En vez de amar el amor de Dios, amamos la dulzura de este amor, porque el que no ama más que á Dios, le ama igualmente en todo tiempo.

Á uno que durante ruda enfermedad se quejaba con nuestro padre de su impotencia para meditar, le respondió: «Es mejor estar sobre la cruz como Jesucristo, que meditar solamente en sus tormentos.»

Por eso nuestro Padre tenía gran respeto á

los enfermos y gran confianza en sus oraciones. He aquí cómo expresaba sus sentimientos en la carta que dirigió á un enfermo: «Mientras que reflexionáis en el lecho, os consolaré, pero con reverencia particular y honor extraordinario, como á criatura visitada por Dios, revestida con sus vestiduras y desposada con Él.»

Cuando Jesucristo estaba en la cruz, fué declarado rey, aun por sus enemigos; las almas que están en la cruz son igualmente reinas. No sabéis lo que nos envidiarían los ángeles si pudiesen, y es que podemos sufrir por Dios. San Pablo, que estuvo entre las felicidades del cielo, sólo se consideraba feliz en sus flaquezas y en la cruz de Jesucristo.

Y más adelante le suplica, como á hombre marcado con el sello de la cruz y participante en los sufrimientos de Jesucristo, que le pida por un asunto de importancia, porque creía que á la hora del sufrimiento las oraciones, aunque cortas, son más eficaces. Escuchemos sus palabras:

«Os suplico que me hagáis el favor de recomendar á Jesucristo una buena obra en la que estoy muy interesado; deseo aprovecharme de vuestros dolores, porque en estas circunstancias, vuestras súplicas, aunque cortas, son infinitamente más aceptables. Pedid también en este tiempo las virtudes que os sean más necesarias.»

Las enfermedades violentas ceden presto ó

nos llevan á la tumba; las que se hacen crónicas ejercitan más la paciencia de los enfermos y de los que se encargan de su cuidado. Ved cómo habla San Francisco: «Las enfermedades largas son escuelas magníficas de misericordia para los que asisten á los enfermos y de amorosa paciencia para los que las sufren; porque los unos están al pie de la cruz, con Nuestra Madre Santísima y con el discípulo amado, y los otros están sobre la misma cruz con Jesucristo.»

Toda la vida del verdadero cristiano no es otra cosa sino un largo martirio. El que nada sufre con Jesús, no es digno de reinar con Él.

¡Oh alma en gracia de Dios! dice San Francisco; sois esposa no sólo de Jesús triunfante, sino también de Jesús crucificado; por eso las joyas y prendas que os da son la cruz, los clavos y las espinas, y el festín de las bodas es de hiel, hisopo y vinagre. Allá arriba sí encontraremos diamantes, rubíes, esmeraldas, mosto, miel y maná incorruptible.»

CAPÍTULO XXXIV.

SEGURIDAD Y CONSUELO Á LA HORA DE LA MUERTE.

De los labios de nuestro padre escuché esta sentencia, de gran consuelo y edificación: «Es imposible que se condene un alma que sale de su cuerpo con su voluntad sumisa á la de Dios. Porque Él ha prometido la gloria perdurable á los que se someten á su voluntad, y Dios no sería la verdad si no cumpliese sus promesas.»

Cuando el Santo asistía á los moribundos, casi no hacía más que inculcarles por todos los medios que se sometiesen á la voluntad de Dios. «*Oh mi Dios*, les repetía sin descanso; *que no se haga mi voluntad, sino la vuestra*. Esto sin duda es recostarse, como San Juan, sobre el pecho de Jesús, y morir en el seno de la voluntad divina.»

Otra vez le oí una frase que se me ha grabado profundamente en el espíritu: «Aunque Dios sea omnipotente, no puede perder por toda la eternidad á un alma que muere con la voluntad sumisa y unida á la de Cristo. Porque la infinita bondad del Creador no permite á su justicia condenar á

un alma que no quiere más que lo que á Él agrada y se entrega al beneplácito divino.»

Esta doctrina, de inmenso consuelo, que deberían conocer todos los fieles, no es solamente de San Francisco de Sales: fué enseñada también por el gran profesor de Roma San Felipe Neri, que habla como el santo Obispo de Génova, y por Blosio, que dice: «EL QUE EN ARTÍCULO DE MUERTE HACE UN ACTO DE PERFECTA CONFORMIDAD Á LA VOLUNTAD DE DIOS, NO SÓLO QUEDARÁ LIBRE DEL INFIERNO, SINO AUN DEL PURGATORIO; AUNQUE HUBIESE COMETIDO TODOS LOS PECADOS DEL MUNDO.» (Lib. *De cons.*, XXXIV.)

San Alfonso María de Ligorio sostiene la misma opinión, apoyándola en razones teológicas. Después de transcribir las anteriores palabras de Blosio, agrega: «La razón es que quien acepta la muerte con perfecta resignación, adquiere un mérito semejante al de los santos mártires, que dieron espontáneamente su vida por Jesucristo.» (*Monaca Santa*, t. II, pág. 25.)

Sufrir voluntariamente los tormentos y la muerte más bien que renunciar á la fe, es decir, más bien que renunciar á Jesucristo, obrando contra su voluntad: tal fué y tal es el mérito de los mártires.

Del mismo modo, hacer de la necesidad virtud, aceptando la muerte conforme á la voluntad divina y con resignación filial al eterno Padre, que

la envía: tal es, igualmente, el mérito del moribundo que hace el generoso sacrificio de su vida. ¡Oh! ¡Qué bueno es Dios, y qué doctrina tan consoladora!

CAPÍTULO XXXV.

ALGUNOS PENSAMIENTOS DE SAN FRANCISCO DE SALES.

Pureza de intención.

OCUPÁNDONOS en cosas de la tierra, es preciso fijar los ojos en el cielo.

Vivamos en este mundo como si tuviésemos el alma en el cielo y el cuerpo en la tumba. Nuestro progreso en la perfección no resulta de la multiplicidad, sino de la pureza de intención que anima nuestros actos.

Caridad.

Si la falta de otro tiene cien aspectos distintos, debemos verla según el menos humillante.

Satisfacción.

Bastante satisfacemos por nuestros pecados haciendo todo solamente por agradar á Dios.

Confianza.

Caemos á menudo sin apercibirnos de ello, y nos levantamos también sin advertirlo.

Nuestras enfermedades y miserias de espíritu no deben admirarnos; Dios ve muchas más en nosotros, y su misericordia no desdeña á los miserables; por el contrario, los llena de bienes, y *coloca sobre esa abyección la sede de su gloria.* ¿Qué haría Nuestro Señor con la vida eterna, si no la diese á las pobrecitas y pequeñas almas?

Cortesía.

No conviene decir á toda hora palabras melosas. Desagrada un alimento abundante en azúcar.

Libertad de espíritu.

Es menester hacerlo todo por amor, nada por fuerza. Más se ha de amar la obediencia que temer la desobediencia. Ensanchad vuestro corazón.

Sufrimiento.

Más vale una libra de sufrimiento que cien libras de acción.

Tentación.

Las tentaciones no pueden dañarnos mientras les digamos: *¡nones!*

Resignación.

No queráis ser otro del que sois; desead solamente ser muy bien lo que sois. Cada uno quiere amar á su gusto; pocos, según su deber y según el gusto de Nuestro Señor. Si hemos de vivir en Francia, ¿de qué nos sirve levantar castillos en España?

Faltas cotidianas.

Es preciso tener paciencia con los demás, y primeramente con nosotros. Aunque apliquemos bien la bomba al navío de nuestro corazón, nunca lograremos desalojar toda el agua del fondo.

Respeto humano.

Si el mundo nos desprecia, alegrémonos, puesto que nosotros mismos nos consideramos despreciables; si nos alaba, despreciemos su juicio, porque es ciego. Dejémosle decir lo que quiera, bueno ó malo.

Conformidad con la voluntad de Dios.

Pensad con mucha frecuencia en que todo lo que hacemos vale únicamente si nos conformamos á la voluntad divina. Si yo como ó bebo, porque Dios quiere que lo haga, soy más agradable á Él que si sufriese la muerte sin esa conformidad.

Buena voluntad.

El ángel que anunció la venida del divino Maestro fué mensajero de la paz, del gozo y de la dicha para *los hombres de buena voluntad*, para que nadie ignore que para recibir á Jesús nos basta esa disposición de ánimo, porque Él vino á bendecir las buenas voluntades, y si se dejan gobernar, presto las hará fructuosas y santas.

Humildad.

No hemos de decir palabras de humillación si no proceden del fondo de nuestra alma y si no estamos convencidos de la baja estima que expresan. Lo contrario es entrar á la gloria por una puerta falsa, y esta especie de lenguaje procede de muy refinado orgullo. El que por medio de discursos semejantes procura la gloria de que se le tenga por humilde, es como los remeros que cuando se dirigen al frente reman hacia atrás.

Pecados de lengua.

El que lograse desterrar los pecados de lengua, quitará del mundo la tercera parte de los pecados. *El que no ofende por medio de la lengua*, dice Santiago, *es un hombre perfecto.*

Sequedad.

Un solo acto hecho con sequedad de espíritu

vale más que muchos practicados con gran ternura, porque aquél se hace con amor más fuerte, aunque no sea con agrado.

Pecados veniales.

Con tal que nos levantemos presto, elevando nuestro corazón á Jesús y humillándonos con dulzura, no deben afligirnos demasiado las pequeñas caídas, como sean poco frecueutes. Nos detienen un poco en el camino recto, pero no nos desvían; una mirada de Dios las desvanece.

CAPÍTULO XXXVI.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Austeridades.

CUANDO hacemos en todo nuestra propia voluntad, no teme el demonio que despedacemos nuestra carne. No teme la austeridad, sino la obediencia.

Cruz.

Menester es inmolar cada día nuestro corazón sobre el altar de la cruz, donde Jesucristo inmola el suyo por amor nuestro. La cruz es la puerta

única para introducirnos al templo de la santidad; si buscamos otras, nunca lograremos entrar.

Alegrías mundanas y alegrías sobrenaturales.

No son los rosales espirituales como los visibles: en éstos las espinas perseveran y las rosas se marchitan; en aquéllos pasarán las espinas, quedando las rosas.

Amor al prójimo.

Necesitamos tener un corazón bueno, dulce y amoroso con los demás, señaladamente cuando nos sirven de carga y disgusto, porque entonces no los amaremos más que por Jesucristo, y será más excelente nuestro amor, porque estará puro y limpio de condiciones caducas.

Cambio de confesor.

No se debe cambiar de confesor sin grave motivo racional; pero tampoco conviene ser invariable en todas circunstancias, porque pueden sobrevenir causas legítimas de cambio.

Amparo mutuo.

Gran parte de nuestra perfección consiste en ampararnos, protegernos y ayudarnos mutuamente, sufriendo las imperfecciones de los otros. ¿En qué podríamos ejercer mejor la caridad al prójimo?

Confianza en la Comunión.

Comulgaremos resueltamente, en paz y con toda humildad, para corresponder á nuestro buen Jesús, que se abajó y anonadó tanto por venir á nosotros, que vino á ser nuestra comida y nuestro pasto, siendo nosotros pasto de gusanos.

No hay en el mundo cosa alguna sobre la que tengamos más perfecto dominio que sobre los alimentos que transformamos para nutrirnos, y Jesucristo ha llegado á este exceso de amor para darse por completo á nosotros.

Cosas pequeñas.

No atendáis de ningún modo á la importancia que de suyo tengan las cosas que hacéis, sino al honor que reciben con ser objeto de la voluntad de Dios, ordenadas por su providencia, dispuestas por su sabiduría; en una palabra, siendo agradables á Dios y conocidas como tales, ¿á quién pueden desagradar?

La muerte.

La muerte es horrible; esto es muy cierto; pero también lo es que la vida que sigue después y que Dios nos ha de dar es mucho más apreciable, y por eso no debemos desconfiar nunca: somos ciertamente miserables; pero nunca podremos serlo tanto como Dios es misericordioso con

los que tienen voluntad de amarle y han puesto en Él sus esperanzas. El mejor remedio de todos contra el temor á la muerte es pensar en Aquel que es nuestra vida. Debemos unir siempre el recuerdo de nuestra muerte con el de la que sufrió Jesús para dulcificarnos tan duro trance.

Vacilaciones inquietantes.

No debéis examinar si lo que hacéis es poco ó mucho, bueno ó malo, con tal que no sea pecado y tengáis de buena fe la voluntad de hacerlo por Dios. En cuanto podáis, ejecutad perfectamente lo que hacéis; pero una vez hecho, no penséis más sino en lo que sigue. Caminad sencillamente por el camino del Señor y no atormentéis vuestro espíritu.

Virtudes pequeñas.

Vayamos poco á poco, caminando cerca de la orilla, porque la alta mar nos trastorna la cabeza, produciéndonos convulsiones. Permanezcamos como la Magdalena á los pies de Jesús; practiquemos virtudes pequeñas, acomodadas á nuestra pequeñez: *á pequeño pajarillo, pequeño nido.*

Muerte de los más queridos parientes y amigos.

Lloro, en verdad, muchísimo en tales ocasiones; mi corazón, de piedra para las cosas celestiales,

derrama por esos motivos torrentes de lágrimas; pero, lo digo para gloria de Dios, mi llanto es siempre dulce y con gran sentimiento de amor á la Providencia divina. Después que Jesucristo amó la muerte y nos dió la suya por objeto de nuestro amor, no puedo sentir desagrado con la muerte de mis hermanas ni de nadie, con tal que haya sido por amor á la muerte de mi buen Jesús.

Os diré en amistosa confianza estas palabrillas: No hay hombre en el mundo que tenga más vivo disgusto que yo en todas las separaciones; tengo, sin embargo, por tan poca cosa esta vanidad de la vida terrena, que jamás me he dirigido á Dios con amor más ardiente que cuando ha permitido que se me hiera.



EPÍLOGO.

Mi *yugo es suave y mi carga ligera*, ha dicho Nuestro Señor. Para hacer práctica esta consoladora frase, hemos intentado explicarla. Para lograr este fin, nada nos ha parecido mejor que transcribir, casi literalmente, las enseñanzas de Doctores tan eximios como San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio.

El demonio emplea, señaladamente con las mejores almas, todos los medios de que dispone para hacerles duro y penoso el yugo del buen Maestro. Estas artimañas del maligno espíritu producen, cuando menos, mil fuentes de inquietud, desaliento y escrúpulo. Nuestros Santos Doctores, resolviendo clara y terminantemente muchas dudas é incertidumbres, y agotando los recursos de su tierna caridad, han procurado bien inapreciable á muchos fieles de Cristo.

En este opúsculo se han reunido enseñanzas esparcidas en numerosos escritos. Tomándolas animosamente como regla de conducta, todos los fieles, por más timoratos ó escrupulosos que sean, reconocerán por experiencia propia que *el yugo de nuestro buen Jesús es dulce y su carga ligera.*

LAUS DEO, BEATISSIMÆ VIRGINII MARIÆ

ET DIVO JOSEPHO.

FIN.

ÍNDICE

Páginas.

